

Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Literatura

La narrativa de Osvaldo Soriano: El vaciamiento de los metarrelatos del siglo XX

Tesis para optar al grado de Magíster en Literatura

Alumno:

Luis Rodríguez Araya

Profesor patrocinante: Cristián Montes

Santiago – Chile 2009

Introducción . .	4
I. El vaciamiento del metarrelato político: del convencimiento al desconcierto . .	10
II. El vaciamiento del metarrelato sociológico: la crisis del concepto de identidad . .	18
III. El vaciamiento del metarrelato filosófico: cansancio e incertidumbre . .	32
IV. El vaciamiento del metarrelato histórico: replanteando el gran relato moderno . .	35
Conclusiones . .	38
Bibliografía . .	41
Bibliografía primaria . .	41
Bibliografía secundaria . .	41

Introducción

La producción literaria de Osvaldo Soriano es, sin duda, una de las más interesantes de la narrativa latinoamericana contemporánea, no solo por lo prolífica, sino también por lo contingentes y actuales que resultan sus propuestas temáticas. Además, su novelística destaca por la configuración de personajes, sobre todo protagónicos, que desarrolla, pues esta se entronca con los temas y argumentos propuestos en sus obras, las que abordan desde las reflexiones más locales –sobre la realidad argentina y, por extensión, latinoamericana– hasta planteamientos universales sobre la condición del hombre y su estado en el mundo.

Los estudios sobre la narrativa de Soriano, desde una perspectiva que considere tanto su temática como su construcción de personajes, son más bien escasos, lo que va muy de la mano con la percepción que se tiene de su obra, ya que se le consigna como un autor de segunda línea dentro de la literatura latinoamericana, lo que podría deberse a que la problemática identitaria que plantea tiene un matiz más universal que local, más cercano a las corrientes filosófico-intelectuales globales que a las regionales. Sin embargo, y con todo lo anterior, Soriano es un autor que logra adecuar, *mutatis mutandis*, la reflexión mundial a lo regional e insertar la reflexión local dentro de líneas más generales, por lo que para analizar sus obras resulta pertinente hacerlo a la luz de consideraciones que vayan más allá de lo latinoamericano.

Cabe destacar, además, que un estudio en esta dirección tiene, dentro de sus finalidades, la de reivindicar la obra de Soriano en su generalidad, pues en el transcurso de la historia de la literatura hispanoamericana reciente, las novelas de este autor han sido o bien abordadas casi exclusivamente como un fenómeno de ventas o bien consideradas como de segundo orden dentro del concierto de la narrativa contemporánea¹, lo que, sin duda, ha dejado de lado una calidad y una impronta especiales, ya que la temática subyacente (determinada por la condición del individuo en el mundo, la transitoriedad del sujeto, el fin de los metarrelatos como concepciones aglutinantes y portadoras de sentido, la actualidad de la sensibilidad escritural y su consiguiente valor universal, entre otros aspectos) no ha sido abordada a cabalidad por la mayoría de los estudios literarios al respecto o, simplemente, ha sido supeditada a la masificación editorial alcanzada por Soriano, algo “sospechoso”, por decir lo menos, al momento de equiparar calidad de ejemplares y cantidad de ejemplares. De hecho, una posible veta innovadora de esta investigación va por ese derrotero: la de reivindicar la obra de Soriano a la luz de un estudio mucho más contemporáneo y contingente de su producción novelística, pues la inmediatez de lo regional probablemente no permitió considerar las convergencias de este autor con otros escritores que sí habían permitido el paso a las corrientes intelectuales actuales

¹ Al respecto, sirva como ejemplo la consideración que Roberto Bolaño tenía de Soriano, a quien consignaba encabezando un punto de referencia menor dentro de las letras argentinas: “Con Soriano hay que tener la cabeza llena de materia fecal [SIC] para pensar que allí se pueda fundar una rama literaria. No quiero decir que Soriano sea malo. Ya lo he dicho: Soriano es bueno, es divertido, es, básicamente, una autor de novelas policiales o vagamente policiales, cuya principal virtud, alabada con largueza por la crítica española, siempre tan perspicaz, fue su parquedad a la hora de adjetivar, parquedad que por otra parte perdió en su cuarto o quinto libro”. En: Bolaño, Roberto: *Entre paréntesis. Ensayos, artículos y discursos (1998-2003)*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2004, p. 26.

hacia el interior de sus obras, a fin de permitir un diálogo entre la propuesta escritural y la contingencia epistemológica circundante.

Justamente debido a eso, para este estudio se consideró un gran número de lecturas, que incluyen desde reseñas periodísticas y columnas de opinión (las cuales, debe ser consignado, estaban más dirigidas a rescatar la figura “entrañable” del escritor), pasando por una excelente biografía, la de Eduardo Montes Bradley², que viene a contextualizar la figura de Soriano dentro de las letras argentinas contemporáneas, y por tesis como la de Ney de Sousa, en la que se enfatiza en el rasgo neoexistencial en la obra de este autor³, hasta el libro *Oswaldo Soriano. Una contrautopía posmoderna*, de Cristián Montes⁴, quizás el texto con el cual una investigación como esta tenga más afinidad, pues hay cercanías en cómo se aborda el contenido de las obras de Soriano.

Aun así, la cantidad de obras contundentes y/o reflexivas sobre Soriano es más bien exigua, al parecer, como se mencionó, porque su novelística fue considerada de segunda línea. Sin embargo, a la luz de la contingencia intelectual, y a raíz de cómo se plantearon los temas actuales que aborda y los fenómenos de reciente data, su obra adquiere una validez mayor que trasciende lo netamente literario y se instaura en el registro del devenir del hombre y de su historia activa, punto de partida para este trabajo.

La hipótesis de la presente investigación, en vista de lo planteado anteriormente, se relaciona con la existencia en la narrativa de Soriano de mecanismos y procedimientos, tanto literarios como lingüísticos, que manifiestan procesos de vaciamiento de gran parte de los metarrelatos que estructuraron discursivamente el siglo XX. Para tal efecto, se procedió a elegir tres novelas de las más representativas de su narrativa: *No habrá más penas ni olvido*⁵, *A sus plantas rendido un león*⁶ y *Una sombra ya pronto serás*⁷. Asimismo, se considera el concepto “metarrelato” desde la perspectiva propuesta por Jean-François Lyotard: una construcción discursiva legitimada y absoluta, de carácter monosémico y de origen moderno, características que le dan, además, la particularidad de ser un discurso institucionalizado, desde el cual se conforma una cosmovisión unívoca y restringida⁸. A partir de esta conceptualización, resulta pertinente para esta investigación considerar también la concepción de metarrelato desde la dimensión de la pragmática discursiva y desde un enfoque sociopolítico. Para tal efecto, en primer lugar se recurrirá a los planteamientos de John Austin y John Searle, quienes estudian el discurso desde su intencionalidad y sus efectos⁹; en segundo lugar, en tanto, se trabajará con los mecanismos y dispositivos que hacen que un discurso se establezca como oficial y con el concepto de discurso como parte de un *continuum* mayor del cual cada entidad discursiva, por separado,

² Montes Bradley, Eduardo. *Oswaldo Soriano. Un retrato*. Buenos Aires, Editorial Norma, 2000.

³ Ney de Sousa Fernandes, George. *La novela hispanoamericana de fin de milenio: el neoexistencialismo en la obra de Oswaldo Soriano*. Tesis para optar al grado de Magíster en Literatura. Santiago de Chile, 1997

⁴ Montes, Cristián. *Oswaldo Soriano. Una contrautopía posmoderna*. Santiago de Chile, RIL Editores, 2004.

⁵ Soriano, Oswaldo. *No habrá más penas ni olvido*. Barcelona, Ediciones B, 1987.

⁶ Soriano, Oswaldo. *A sus plantas rendido un león*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1988.

⁷ Soriano, Oswaldo. *Una sombra ya pronto serás*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990.

⁸ Ver Lyotard, Jean-François. *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona, Editorial Gedisa, 1987, y *La condición posmoderna*, Madrid, Editorial Cátedra, 1987.

⁹ Ver Austin, John. *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona, Editorial Paidós, 1982, y Searle, John. *Actos de habla: ensayo de filosofía de lenguaje*. Madrid, Editorial Cátedra, 2001.

es tributaria, es decir, como un constructo discursivo reproductor de relaciones de poder, entre lo oficial y lo no oficial¹⁰.

Cabe destacar que en las novelas mencionadas se cumple la condición de que el vaciamiento de los metarrelatos se produce de manera alternada entre lo individual y lo colectivo, es decir, tanto el metarrelato de la configuración particular (y de su progresivo vaciamiento) como el metarrelato de la construcción general del discurso novelesco se suceden y se complementan, lo que hace de cada novela una polifonía de discursos (metarrelatos) que se vacían a medida que se desarrolla el argumento. Por lo tanto, los mecanismos narrativos que despliega Soriano en las obras que se analizarán apuntan a dar cuenta de este vaciamiento de manera alternada, como se dijo, entre los personajes, como entidades particulares, y su contexto, así como del diálogo que se produce entre el constructo discursivo narrativo y los metarrelatos que lo sustentan. Hay que resaltar la concepción que se tiene del concepto de metarrelato y, por extensión, de discurso como productos epistemológicos modernos que configuran no solo elementos macroestructurales, sino también arquetipos conceptuales o humanos. Dicha concepción es la que subvierte Soriano en las novelas escogidas, puesto que en ellas lo narrado se erige como una contraparte de lo moderno: la identidad se vuelve un concepto voluble y en constante tránsito por definirse; la nacionalidad (mejor dicho, lo nacional) se transforma en un concepto que, lúdicamente, se deconstruye y desentroniza hasta llegar a un pretexto más para la inestabilidad identitaria: se llena de “no lugares”, en términos de Augé¹¹; el individuo es constantemente puesto en el desarraigo, en el movimiento, en el traslado de un lugar a otro, hasta hacerlo transitar por los márgenes identitarios (tanto físicos como culturales); la iconoclasia nostálgica también termina por vaciar de sentido y de significado símbolos de la modernidad, como los de relevancia política, por ejemplo. En fin, por esto, lo que se propone es una reconsideración de la narrativa de Soriano como una propuesta literaria posmoderna, en la cual el planteamiento temático se relaciona indefectiblemente con este constante vaciamiento de metarrelatos, algunos casi de manera caricaturesca. Dentro de esta consideración, pilar fundamental de la hipótesis, adquieren fuerza las constantes re-significaciones a las que son sometidos los metarrelatos a estudiar, procedimientos que se van desarrollando desde varios ámbitos, los que tendrá por objeto esta investigación: político, sociológico, filosófico e histórico, considerados estos desde lo individual y lo colectivo.

Luego de definida la fundamentación teórica –en cuanto a las concepciones de discurso y metarrelato que se considerarán para este estudio y a la manera en que serán utilizadas– se procederá a analizar las novelas escogidas teniendo en cuenta que, solo por cuestiones metodológicas, se han separado los ámbitos mencionados anteriormente en temáticas, cada una de las cuales será analizada y estudiada en las obras seleccionadas.

Primeramente, se trabajará en torno a la temática de lo político y en demostrar cómo el discurso oficial que se transversaliza en las tres novelas (sea a partir del peronismo o del discurso dominante durante la Guerra de las Malvinas) y sus contrapartes contextuales se van vaciando de sentido, debido a que sus referentes lo van perdiendo y a que los protagonistas de las obras en cuestión se van decepcionando de sus fundamentos, pues se dan cuenta de que lo discursivo y la praxis política van por derroteros distintos. Para fundamentar este planteamiento de vaciamiento del discurso político unívoco y rígido (quizás una de las demostraciones más claras de una construcción moderna, por su

¹⁰ Ver Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets Editores, 1980, y *Las palabras y las cosas*, México DF, Editorial Siglo XXI, 1971.

¹¹ Ver Augé, Marc. *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.

carácter monolítico y monosémico), se recurrirá, particularmente, a tres textos que son bastante claros para abordar la realidad argentina, desde el punto de vista político, de los contextos de producción de las obras seleccionadas: *Literatura argentina y realidad política*¹², de David Viñas; *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina. 1960-2002*¹³, de Miguel Dalmaroni, y *La novela histórica argentina del siglo XX y la escritura de guerra*¹⁴, de Cristina Póslleman. Además, para revisar cómo se vacían los metarrelatos políticos de África, contexto en el cual transcurre *A sus plantas rendido un león*, se utilizará la obra *Por la revolución africana*¹⁵, de Frantz Fanon, quizás uno de los paradigmas revolucionarios y reivindicatorios más grandes de todo el proceso de independencia de los países del Tercer Mundo.

En segundo lugar, y muy relacionado con lo anterior, se trabajará el ámbito de lo sociológico, considerando que esta temática, directa o indirectamente, a través de lo manifestado en personajes o en lo narrado en su totalidad, es una de las vetas hermenéuticas más generosas en la novelística de Soriano, pues los conflictos identitarios presentados siempre tienen como goznes las reflexiones que un personaje hace sobre sí mismo como individuo y/o sobre su entorno. Además, las novelas seleccionadas para esta investigación presentan un vaciamiento que se aprecia mayoritariamente en la pérdida de sentido o, derechamente, en el anacronismo que se aprecia en construcciones culturales que aquí pierden vigencia. Cada uno de los textos escogidos presenta un complejo sistema de mecanismos que plantean, por lo menos, la inquietud de la reformulación de conceptos como identidad individual, identidad nacional, identidad occidental y su consiguiente visión de lo Otro oriental, solo por nombrar algunos ejemplos, y de comunidad, en todo el espectro semántico del término. De hecho, el desarrollo de esta temática es uno de los procesos que justamente universalizan la obra de Soriano. Para poder fundamentar lo planteado y formular un marco adecuado que permita separar lo individual de lo colectivo se consultarán, principalmente, las siguientes obras: *La piedra de toque de la individualidad*¹⁶, de Manfred Frank, y *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*¹⁷, de Graciela Montaldo, para apreciar cómo el cambio de paradigma de las relaciones sociales dentro de un constructo que se desarma, como el concepto de Estado (y el discurso que lo sostiene, considerado como un gran metarrelato también) tiene repercusiones en las identidades individuales; *Comunidades imaginadas*¹⁸, de Benedict Anderson, para ver cómo en la posmodernidad se pone en tela de juicio el concepto de Estado moderno, y *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*¹⁹, de Scott Michaelsen y David E. Johnson, en el cual se plantea que incluso el concepto de límite o de frontera es un

¹² Viñas, David. *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

¹³ Delmaroni, Miguel. *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina. 1960-2002*. Santiago de Chile, RIL Editores, 2004.

¹⁴ Póslleman, Cristina. *La novela histórica argentina del siglo XX y la escritura de guerra*. Tesis para optar al grado de Magister en Axiología y Filosofía Política. Santiago de Chile, 2001.

¹⁵ Fanon, Franz. *Por la revolución africana*. México DF, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1965.

¹⁶ Frank, Manfred. *La piedra de toque de la individualidad*. Barcelona, Editorial Herder, 1995.

¹⁷ Montaldo, Graciela. *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 2004.

¹⁸ Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, 2000.

¹⁹ Michaelsen, Scott y Johnson, David E. *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultura*. Barcelona, Editorial Gedisa, 2003.

espacio movedizo que debe ser replanteado y reconsiderado, como una suerte de apéndice al concepto moderno de Estado; finalmente, para comprender también el concepto de identidad occidental y su contrapartida, la de identidad oriental (aunque ambos términos sean, en la praxis, construcciones occidentales), presentes en forma casi grotesca en *A sus plantas rendido un león*, se recurrirá al casi mítico *Orientalismo*²⁰, de Edward Said, para demostrar cómo desde Occidente lo único que se ha hecho a través del tiempo es construir una proyección occidental de lo que es Oriente, y *Extraño Oriente. Historia de un prejuicio*²¹, de Ziauddin Sardar, libro que plantea que Occidente –en especial, Estados Unidos– está, cada vez más, “orientalizando” el mundo, es decir, construyendo una visión de un Otro cada vez más amenazante, aunque sea en términos conceptuales, a la vez que plantea que incluso las construcciones discursivas que parecieran alejarse más de la episteme Occidental (v.gr. Foucault) o aquellas que pretenden dar cuenta de Oriente de manera menos “exotista” (v.gr. Said) solamente adecuan una visión predeterminada en los mismo términos occidentales de los cuales reniegan.

En tercer lugar, se analizará el ámbito de lo filosófico, temática que es, sin duda, una de las más potentes dentro de la narrativa de Soriano, así como también aquella que le termina por dar un fundamento intelectual al devenir planteado a sus personajes. En las novelas leídas, uno de los mecanismos de vaciamiento de metarrelatos justamente se produce internamente en los personajes, sobre todos protagónicos, pues en ellos, en sus problemáticas identitarias, se dan las reflexiones sobre el hombre y el mundo. En estas tres obras, particularmente, se da el hecho de que los tres protagonistas son personajes en constante tránsito, en constante movimiento, son “desarraigados”, “exiliados”, en el más amplio sentido del término; por lo tanto, expuestos a lo inestable y a lo inseguro: no hay un Estado protector sobre ellos que los cobije (por razones políticas o geográficas), no hay lazos que los unan a un centro, por lo tanto, son individuos marginales, física y culturalmente. Para dar cuenta de esta inestabilidad óptica se recurrirá a textos que son fundamentales para comprender esta sensación de indefensión del individuo, de este constante deambular en busca de sentido, por ende, en busca de lo estable: *El existencialismo*²², de Norberto Bobbio, libro que compendia el existencialismo y lo define como incertidumbre óptica; *El siglo posmoderno (1900-2001)*²³, de Octavi Fullat, que prefigura una historia de la filosofía a partir de Nietzsche en adelante, basándose en la transformación que ha tenido también la concepción de individuo; *La era del vacío*, de Gilles Lipovetsky²⁴, con su visión sobre el individualismo y el individuo en las nuevas sociedades democráticas, y *La posmodernidad y sus descontentos*²⁵, de Zygmunt Bauman, el cual deja en claro por qué la posmodernidad es un estado de melancolía y nostalgia, que, a diferencia de otros períodos históricos, como la Ilustración, por ejemplo, no permite un avance igualitario para el hombre como especie.

Finalmente, como último punto, se analizará el ámbito de lo histórico, quizás el metarrelato que sustenta a los demás, aunque sea el menos visible de todos. Es importante

²⁰ Said, Edward. *Orientalismo*. Madrid, Editorial Prodhufi, 1990.

²¹ Sardar, Ziauddin. *Extraño Oriente. Historia de un prejuicio*. Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.

²² Bobbio, Norberto. *El existencialismo*. Santiago de Chile, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1997.

²³ Fullat, Octavi. *El siglo posmoderno (1900-2001)*. Barcelona, Editorial Crítica, 2002.

²⁴ Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2002.

²⁵ Bauman, Zygmunt. *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid, Editorial Akal, 2001.

tenerlo siempre como contexto de ocurrencia, pues, pese a que también puede ser considerado como un gran metarrelato dentro del cual los demás cobran vigencia, la posibilidad de re-escribirlo, casi como un palimpsesto. Posiblemente, la historia sea el constructo moderno más persistente, pues incluye no solo una cosmovisión de mundo, sino también la praxis acomodaticia de todo discurso. Por eso, se recurrirá, fundamentalmente, a dos obras que pueden ayudar a entender el sentido de la historia desde la perspectiva desmitificadora utilizada por Soriano, que es, desde cierto sentido, una microhistoria que se inserta como correlato de una macrohistoria: *El fin de la historia y el último hombre*²⁶, de Francis Fukuyama, polémica obra por lo que plantea como fin de la historia, y *Metahistoria*²⁷, de Hayden White, en la cual se plantea que la historia debe ser entendida como un constructo discursivo subjetivo y factible de ser adecuado, dependiendo del metarrelato que lo sustente.

El análisis de las tres novelas escogidas, desde las perspectivas enunciadas, deberá permitir la consideración de esta propuesta de lectura de la obra narrativa de Osvaldo Soriano como posmoderna, pues tanto en el aspecto temático como en el de personajes se aprecia una reflexión sobre la condición humana contemporánea y un ejemplo de cómo literariamente se puede dar cuenta de un cambio de época y de sensibilidad.

²⁶ Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Buenos Aires, Editorial Planeta, 1994.

²⁷ White, Hayden. *Metahistoria*. México DF, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1992.

I. El vaciamiento del metarrelato político: del convencimiento al desconcierto

“ Pero si vos sabés que yo siempre fui peronista, nunca me metí en política... ”

No habrá más penas ni olvido , Osvaldo Soriano.

“La juventud argentina del año 2000 querrá volver sus ojos hacia el pasado y exigir a la historia una rendición de cuentas encaminada a enjuiciar el uso que los gobernantes de todos los tiempos han hecho del sagrado depósito que en sus manos fueron poniendo las generaciones precedentes, y también si sus actos y sus doctrinas fueron suficientes para llevar el bienestar a sus pueblos y para conseguir la paz entre las naciones.

Por desgracia para nosotros, ese balance no nos ha sido favorable.”

Carta escrita por el ex mandatario argentino Juan Domingo Perón y enterrada en la Pirámide de Mayo el 12 de agosto de 1948. Debía haber sido desenterrada el 12 de agosto de 2006, en el bicentenario de la reconquista de Buenos Aires, luego de la primera invasión inglesa.

Uno de los ejes de reflexión sobre la reciente historia política argentina, desde el último gobierno de Juan Domingo Perón –que finalizó abruptamente con la muerte del gobernante en julio de 1974– hasta el mandato de Leopoldo Galtieri –cuyo fin fue producto de la intempestiva Guerra de las Malvinas– ha sido, sin lugar a dudas, la crisis identitaria, en términos políticos, a la que se vio sometido el pueblo argentino y, más precisamente, la juventud. Esto, debido a que los grandes bloques ideológicos tradicionales desde los cuales se entiende lo político, “izquierda” y “derecha”, fueron lentamente vaciándose de sentido, ya que su figura –más que su propuesta de gobierno– llegó a contar con adeptos de ambas tendencias. Y, de hecho, se señala a la juventud como el segmento más afectado, pues esta incompatibilidad significó un replanteamiento de conceptos que, hasta ese momento, eran más definibles desde una u otra postura. Por lo tanto, esta contraposición entre esa realidad argentina y la realidad mundial marcaba una brecha ideológica aun mayor, pues se desarrollaba, para darle un nombre que relacione este ámbito con esta investigación, una “ideología nacional”, *sui generis* por lo demás, que solamente contribuía a confundir a sectores de la población que se regían por conceptos extraídos de discursos europeos. Surgió, entonces, el apelativo de “populista” para el manejo estatal desarrollado por Perón, pero con conceptos que se adecuaban a una realidad propia: “...‘populismo’ como maniqueísmo moral (a veces emparentado con ideologías humanistas, religiosas, etc.) en la distribución de roles estereotipados (...): los burgueses son irremediable y completamente malos; los proletarios, naturalmente buenos. O también en correlación directa con los discursos más próximos a lo que en política se ha entendido como ‘populismo’, caracterización ‘paternalista’ y ‘demagógica’ del ‘pueblo’ como sujeto social uniforme, naturalmente progresivo y ejecutor de la justicia, la verdad o las conductas ‘correctas’, acertadas, etc.”²⁸

²⁸ Delmaroni, Miguel. Op. cit., p. 18.

En este sentido, *No habrá más penas ni olvido* se despliega desde este desconcierto ideológico para narrar una historia que tiene como contexto la incertidumbre de la reacción individual provocada por el enfrentamiento entre facciones opuestas, cuyos miembros buscan establecer lo “verdadero” (lo “absoluto”, en términos modernos) en lo que se exhibe como una metáfora de la inestabilidad nacional. Los personajes demuestran, medianamente, convicciones políticas que buscan ser avaladas, pero que enmascaran, en definitiva, la indefensión contemporánea ante aquello que no puede ser explicado del todo, pues, tal y como lo proyecta la orgánica peronista, se politiza lo que se empieza a escapar del campo de lo político como tradicionalmente se entiende. La lucha minúscula desatada por ambos bandos en Colonia Vela, un pueblucho que simboliza el escenario en el cual lo “moderno” se debate por no sucumbir ante aquello que lo pone en tela de juicio, representa de manera alegórica la transformación que se está produciendo en un país al que la ambigüedad discursiva del peronismo va destruyendo.

No habrá más penas ni olvido refleja, justamente, cómo una construcción discursiva como la peronista, en la cual las ideas-fuerza se sustentan en conceptos maniqueos y absolutos, va desnudándose y, a la vez, exhibiendo la adecuación de una realidad a un discurso y no a la inversa.

“–¡Ciudadanos! ¡Los hombres de Colonia Vela estamos librando una batalla por la libertad! ¡Fuentes, ladrón comunista con la camiseta peronista, debe irse! ¡Saquémoslo de su guarida! ¡Viva la patria! ¡Viva Colonia Vela! ¡Viva Perón!” (pp. 29-30)

Hay que consignar, además, que en términos foucaultianos, el discurso de los peronistas de Colonia Vela se inscribe como parte de uno mayor, como un registro menor que replica las concepciones de un poder central, muy lejano, por cierto, de la realidad de un pueblo pequeño. Las constantes alusiones a la patria, a Perón, a los comunistas, a los peronistas, se circunscriben al uso común de conceptos propios del imaginario político de una elite centralizada. Por eso, los bandos de Colonia Vela reproducen, hasta la masacre, un proceso de búsqueda de pertenencia y de definición; adoptan la construcción ideológica propugnada por el discurso. En términos pragmáticos, a su vez, la construcción discursiva peronista busca ejercer un dominio inmediato sobre un otro; es decir, cumple con la cualidad de que todo discurso político es, en sí, un acto de habla ejercitativo, aunque se manifieste de manera indirecta, que persigue imponerse sobre otro discurso. Debido a lo anterior, los enunciados producen una tensión cuyo resultado es la confrontación ideológica expresada en la validación del discurso. Además, esto se evidencia en el autonconvencimiento final del bando triunfante, pues todo lo provocado termina por tener una justificación.

“–¿Vamos a ganar? – Claro, si no valen para nada. El sargento García sonrió. – Y después lo vamos a buscar –dijo. –¿A quién? –A Perón. Lo vamos a traer. – ¿Loco? Le vamos a mostrar cómo quedó el pueblo, le vamos a contar de Ignacio, de Mateo, de Cerviño, de todos los que dieron la vida por él. Juan miró a su compañero. Tenía los ojos hinchados y rojos. –Cuando lo sepa se va a emocionar el viejo. –Va a hablar desde el balcón municipal y los milicos no van a saber dónde meterse del cagazo. (...) –Va a ser un lindo día, sargento. García se dio vuelta en dirección al pueblo y se quedó con la vista clavada en el horizonte. Tenía el rostro fatigado, pero la voz le salió alegre, limpia. –Un día peronista – dijo.” (pp. 149-150)

La propuesta ficcional de la obra de Soriano no carece de sentido del humor para demostrar cómo el vaciamiento del metarrelato político se produce justamente en esta “apropiación”

a la que lo someten los personajes de la novela. Si bien es cierto que lo teórico es lo reproducible, la praxis del discurso es lo que se presenta como vaciado de sentido. Por lo tanto, cabe decir que el plano fictivo de la construcción narrativa plantea, desde un comienzo, la tensión que se produce entre la noción tradicional del discurso y su adecuación al plano de lo efectivo.

Particularmente en esta novela, la crítica subyacente va en dirección a demostrar cómo se enmascara una praxis desde un discurso, tal como si fuese un macroacto de habla el enunciado en el nivel fictivo y otro el resultante en el plano ficcional. La intencionalidad del contenido, por ende, es el vaciamiento: no es lo que se dice y la consecuencia con lo que se dice, sino es lo que se dice y cómo realmente se enfrenta con su resultado. De hecho, la noción de “ideología argentina” acuñada casi a la par a de la de “populismo peronista” se manifiesta como de difícil comprensión, pues prácticamente reivindica la despolitización al mismo tiempo que se basa en un discurso nacionalista y político, en cuanto buscó el adoctrinamiento en su veta intervencionista social, el “justicialismo”; aun así, su clara postura antiintelectual terminó por desconcertar a quienes buscaban la claridad de un propuesta partidista o social²⁹. *No habrá más penas ni olvido* es la novela del desconcierto provocado por el peronismo, el mismo al cual alude Soriano una y otra vez, quizás buscando la génesis del contexto político posterior del cual fue parte.

Por su parte, *A sus plantas rendido un león* da cuenta de la apertura argentina al mundo durante la dictadura de Galtieri, pues en esta obra se relata la historia de Bertoldi, un funcionario del consulado argentino en un ficticio Bongwutsi que termina por ejercer las labores principales, suplantando, en cierta forma, al titular, quien se había marchado. Esta apertura y, sobre todo, esta nación inventada y enclavada en el centro de África, sirve de contexto para confrontar, exponer y vaciar gran parte de los entrelazados discursos políticos de la segunda mitad del siglo XX. Al igual que en *No habrá más penas ni olvido*, se exhibe la contradicción entre la concepción discursiva teórica y su praxis, enunciada ya desde la estructuración fictiva y ficcional de la obra. Probablemente, sea la novela de Soriano que mejor devela al gran metarrelato político del siglo pasado, sobre todo en la más amplia gama de manifestaciones ideológicas posibles, todas ellas encarnadas por personajes que coexisten en esta nación que sirve de escenario para la convergencia discursiva, aunque, como ya se ha manifestado, sea para confrontar las incongruencias y las adecuaciones de rigor.

De partida, Bertoldi y Lauri, los dos personajes argentinos de esta obra y cuyas historias se presentan de manera alternada, simbolizan dos tendencias políticas existentes en la Argentina en la que se contextualiza la obra; además, representan dos posturas frente al discurso del poder: Bertoldi se vale de él para subsistir, pues su labor se desarrolla, justamente, en validar la existencia de este a través de la mantención de una prolongación física del poder: el consulado; Lauri es un exiliado, un apátrida, un individuo que se rebela ante el discurso del poder adhiriendo a su contraparte no oficial (de hecho, es perseguido por encontrarse en esa posición frente al discurso oficial, el cual, por lo demás, se aprecia como extendido a toda la Latinoamérica de la época en que se sitúa ficcionalmente la novela). Además, en la novela, como se mencionó, se entrelazan otros discursos a los que se les podría calificar como transversales, ya que si bien se manifiestan de manera particular en los personajes antes nombrados, en otros, en tanto, se llevan hasta lo estereotípico y

²⁹ Ver Fusi, Juan Pablo. *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX*. Madrid, Editorial Taurus, 2003. Sobre todo en las páginas dedicadas por este autor a Perón, se aprecia cómo se desarrolló la propuesta política peronista, el desconcierto provocado en la población y la manera en que este trató de insertar a Argentina en el concierto económico mundial, a la vez que da cuenta de las insólitas estrategias desplegadas para llevar al país a un trato de “igual a igual” con Europa.

lo caricaturesco: la presencia de un militar africano en el exilio, Quomo, quien explicita sus deseos de poder regresar a Bongwutsi y crear una república socialista, cuya figura, sin duda, resulta extrapolable hacia su referente real más directo: Idi Amin Dada, dictador de Uganda; O'Connell, activista irlandés, en el cual convergen todas las características atribuibles a un miembro del IRA; el sultán Alí El Katar, activista árabe, adherente de la causa de Kadafi, referente de la lucha antioccidental de la época en la que se sitúa cronológicamente la novela y muy cercano al actual arquetipo del magnate petrolero pro panarabismo; incluso los embajadores o agregados europeos o norteamericanos son tratados desde el punto de vista de la personificación del discurso.

Cabe señalar, eso sí, el punto de vista desde el cual Soriano comprende el discurso político encarnado por cada uno de los personajes. Los casos de Bertoldi y Lauri le son cercanos, pues manifiestan las corrientes ideológicas dentro de las cuales él se desarrolló, aunque, y aquí se hace hincapié, la manera en que las presenta: Bertoldi es un funcionario de un régimen militar que ha sido prácticamente abandonado a su suerte en un país extraño, un exiliado en el amplio sentido de la palabra, a quien le quedan como referentes icónicos la bandera argentina y una imagen de Gardel (como partes del imaginario colectivo nacional), pero que ya no siente un apego mayor por su país. Es un desarraigado cuya existencia transcurre en un “no lugar”³⁰, que ha sido vaciado de toda significación que le resulte válida para identificarse; solo la referencia que se le hace constantemente sobre la Guerra de las Malvinas lo “argentinizan”, aunque sea de manera esporádica. Lauri, en cambio, es una proyección de un personaje “moderno”, pues pese a haber sido expulsado de su patria, continúa creyendo en macroproyectos político-sociales y teniendo como referentes ideológicos a íconos de los discursos transversales del siglo XX:

“De cuclillas al borde del lago, pensó que tal vez Lenin salía de su casa por las mañanas con un pedazo de pan para ellos y un libro (¿cuál?) para leer en el silencio de la plaza. Pero Vladimir Ilich estaba terriblemente muerto y Lauri se había dejado ganar por la melancolía.” (p. 23)

Sin embargo, sus convicciones pasan por el desconcierto de aquel que sabe que la sólida estructura de un discurso como el marxista ha sido derrotada, por lo cual lo gana la desazón y la “melancolía”. Lauri representa al individuo tipo resultante de la superación posmoderna del paradigma discursivo político moderno, ya que la supresión de lo absoluto, de lo unívoco, en definitiva, de lo cierto (y, por ende, de un discurso que la avale y fundamente), lleva a esta nostalgia (“melancolía”) por lo pasado, en cuanto a que la realidad era más abordable y segura.

La figura de Quomo es bastante particular, sobre todo por la manera en que Soriano lo hace tributario de las corrientes panafricanista, comenzada por Kwame Nkrumah (ex presidente de Ghana)³¹, de reivindicación y anticolonialista, propugnada

³⁰ Ver nota 11. El concepto de no lugar es desarrollado por Augé –siguiendo acercamientos previos de Starobinski, De Certeau y Merleau-Ponty, entre otros– y se podría definir como un espacio exclusivamente de tránsito, con el cual un individuo no guarda ninguna relación de identidad ni de pertenencia; además, podría corresponder a una construcción posmoderna (sobremoderna para Augé), pues estos lugares están pensados desde una perspectiva pragmática para servir de espacios facilitadores de movimiento (carreteras, vías férreas, etc.), por lo que serían “vaciados” de su capacidad para significar relación entre sujeto y espacio.

³¹ Ver Nkrumah, Kwame. *África debe unirse*. Buenos Aires, Editorial Eudeba, 1965. En esta obra, el autor propone una vía moderada al socialismo para África, a la vez que reflexiona sobre el concepto de “colonia” como una construcción discursiva más que netamente política.

por el martiniqueño Frantz Fanon³², pero, como se ha insistido, la praxis de esta teoría (conceptos prácticamente incompatibles) es lo que en verdad representa este personaje: la degradación del ideal político encarnada por una imagen que resulta grotesca: Quomo al mando de un ejército de gorilas revolucionarios en el asalto al castillo imperial y al resto de edificios que, de alguna manera, marcaban la presencia de un poder extranjero:

“También Lenin había ido en tren a la revolución. Lauri lo estaba pensando mientras Quomo abría las puertas de los vagones, iba y venía hablándoles a los monos, sacudiéndolos cuando se dormía o se ponían a arrancarse los parásitos con aire distraído.” (pp. 212-213) “Quomo ordenó a Kiko y al gorila rubio que condujeran las columnas hacia el palacio imperial. (...) En el salón de fiestas de la embajada británica, los gorilas ocupan las mesas del banquete y vaciaba las fuentes de plata las botellas de champagne. Alguien había puesto en marcha el generador de electricidad y una sinfonía de Mozart daba un aspecto solemne a los pesados movimientos de los comensales. Lauri cerró los ojos unos instantes y cuando los abrió encontró la misma escena...” (p. 231)

La figura desmitificada de Quomo, así como de su ejército, y las triquiñuelas de las que hace gala para lograr sus objetivos, se yerguen como elementos de un procedimiento autorial que busca vaciar de sentido –es más, hasta de tergiversar los contenidos– el discurso revolucionario africanista. De manera directa, también, pone en tela de juicio el concepto de revolución y de revolucionario, pues, al parecer, lúdicamente establece comparaciones entre aquellos que plantean las revoluciones y quienes las llevan a la práctica en realidad. Sin embargo, la mirada de Soriano no deja de ceñirse a lo que se podría considerar una proyección occidental del discurso africanista reivindicatorio, pues el hecho de caricaturizar al revolucionario africano y la manera en que este veía la revolución, no serían más que una causa y/o un efecto de la propuesta fictivo-ficcional de Soriano. Del punto de vista discursivo, no obstante, es, a todas luces, una construcción de lo que Occidente atribuye a estos movimientos reivindicatorios y que Todorov ya veía en el “exotismo”³³ de los relatos de Pierre Loti, mismo autor que Edward Said toma como punto de partida para desarrollar su idea de “orientalismo”.

En la figura de O’Connell, en tanto, se recoge toda la tradición discursiva confrontacional de la Irlanda católica y su nacionalismo autonomista, tanto en el discurso como en el odio que este personaje manifiesta hacia el Reino Unido. Es el más cercano a los argentinos y el primero que manifiesta su admiración a Bertoldi por lo que ha hecho Argentina invadiendo las Malvinas. Subyace en sus intervenciones el discurso que desde comienzos del siglo XX se venía manifestando en Irlanda por esta búsqueda del reconocimiento de su autonomía. Por eso, considera la agresión argentina a territorio inglés como una muestra de nacionalismo exacerbado y de recuperación territorial. Sin embargo,

³² Fanon, Frantz. *Por la revolución africana*. Op. cit., y, en menor medida, *Los condenados de la tierra*. México DF, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1963. En esta última analiza la situación de una reconsideración de África frente a Europa, en términos culturales y políticos.

³³ Ver Todorov, Tzvetan: *Nosotros y los otros*. México DF, Editorial Siglo XXI, 1992. La concepción de “exotismo” planteada por el autor corresponde a la capacidad de reconocer los rasgos diferenciadores que generan la sensación estar frente a la “otredad” de aquello que se observa y que es distinto del imaginario del observador. Desde esta perspectiva, la relación entre “exotismo” y “orientalismo” se basa en cómo es la relación entre aquel que observa y lo observado: en ambos se deja entrever que la relación entre observador y lo observado es asimétrica, ya que se superpone la cosmovisión del observador (concepción “etnocentrista”, por lo demás) a la del observado. Para Said, por ejemplo, la construcción de las relaciones entre Europa (más adelante, Estados Unidos) y el resto del mundo, en la época de los grandes imperios modernos, se producía desde la asimetría de estas cosmovisiones encontradas.

tal como en el caso de Quomo, Soriano se preocupa por caricaturizar la figura de este irlandés:

“Era blanco, de nariz muy grande y barba descuidada. Tenía el pelo escaso y rubio. En la mano derecha, que apoyaba en la almohada, sostenía una pistola reluciente que apuntaba a la cabeza del cónsul. (...) –¡Embajador, los patriotas del mundo lo saludan! –gritó el barbudo cuando lo vio llegar. La piel cuarteada por el sol y los ojos azules, muy bizcos, le daban el aspecto de un fraile bonachón.” (pp. 53-54)

Si bien O’Connell exhibe atisbos de uno de los discursos más emblemáticos del siglo XX (pues el nacionalismo irlandés se conjuga con la espiritualidad del catolicismo, otra corriente discursiva absoluta –“moderna”, en el mejor de los casos– y con la búsqueda y la afirmación de la identidad nacional), la presentación que Soriano hace de este, como un terrorista radical que se especializa en la destrucción, termina por desvalorizar el sustrato discursivo en el cual basa su accionar, poniendo en evidencia, nuevamente, la incongruencia entre la teoría discursiva y su manifestación práctica.

El sultán Alí El Katar es un paradigma en sí mismo. Se evidencia en él la proyección discursiva más reciente y más potente de Occidente: la del sujeto árabe. Desde la perspectiva de Edward Said, ya mencionada, y, sobre todo, de la de Ziauddin Sardar, autor que radicaliza aún más la percepción occidental de Oriente³⁴. Si bien se manifiesta su apego irrestricto a la causa de Kadafi, en Libia, y a su proyecto socialista, no se deja de estereotipar la imagen del sultán como la del magnate árabe que ha aprovechado todos los beneficios de Occidente (todos los lujos que este puede ofrecer), por lo que su solidez ideológica se ve limitada a un sentimiento panarabista sin mayores ribetes. De hecho, es el personaje de los que participan en el levantamiento de Quomo que menos se manifiesta ideológicamente. Su aparición podría ser consignada, entonces, como una inclusión que permite ampliar el abanico de discursos coetáneos. Sin embargo, y en esto radica su consideración en conjunto con los otros personajes mencionados, anticipa una construcción más actual: la del discurso árabe del comienzos del siglo XXI, el que, aun cuando goza solamente de un sitio dentro de la vasta gama de discursos posmodernos, cada vez más se polariza y concentra aspectos políticos, culturales y religiosos. Aun así, la figura de El Katar encarna un constructo discursivo que, hasta antes del 11 de septiembre de 2001, era parte de un discurso absoluto moderno. Cabe destacar aquí que, a raíz de los atentados a las Torres Gemelas, el discurso político del mundo árabe se mantuvo casi “impermeable” al devenir posmoderno de Occidente y pasó a constituirse, en términos culturales occidentales, en un referente importante, casi tan aglutinador como lo fue cualquier discurso moderno del siglo XX³⁵.

Finalmente, otros personajes presentes en esta novela –diplomáticos europeos y norteamericanos– se presentan como un bloque discursivo que resguardan la oficialidad del discurso imperante. Cercanos al estereotipo (y a la caricatura), las relaciones que establecen con los demás personajes son siempre desde el poder: Bertoldi, por ejemplo, se relaciona con ellos como un subalterno y no como un par, lo que, técnicamente, es.

³⁴ Ver Sardar, Ziauddin. Op. cit. En esta obra, el autor propone que las categorías discursivas de Said y de Foucault, incluso, resultan erróneas para considerar a Oriente y al mundo árabe, pues están cimentadas en constructos epistemológicos occidentales y, por lo tanto, no aplicables a otras realidades.

³⁵ De hecho, el propio Sardar manifiesta en su libro que se ha vuelto a una concepción casi medieval sobre el mundo árabe y el Islam, pues se considera que la verdadera confrontación es de índole religiosa y que la consideración de otros aspectos (económicos, políticos, etc.) sería consecuencia de este hecho.

La marginación que sufre Bertoldi metaforiza la relación que busca establecer un discurso político, en términos pragmáticos, sobre otro. Todos son extraños y están en tierra extraña, pero el más extraño, es, sin duda, Bertoldi.

Una sombra ya pronto serás puede ser considerada como la continuación natural de los mecanismos de vaciamiento de metarrelatos propuestos por Soriano, ya que en esta obra el contexto político subyacente es el de una Argentina que ha pasado por el desconcierto generalizado del peronismo y por la afirmación desmesurada de nacionalismo dictaminada por las dictaduras militares. Por lo tanto, los personajes, todos en constante tránsito, y los lugares que conforman el espacio narrado simbolizan la búsqueda de sentido en la que se encontraba la sociedad argentina de la época:

“Antes de que oscureciera miré el mapa porque no tenía idea de dónde estaba. Hice un recorrido absurdo, dando vueltas en el mismo lugar que al principio o en otro idéntico.” (p. 9) “Ahora no sabía adónde iba pero al menos quería entender mi manera de viajar.” (p. 10)

Si bien en *No habrá más penas ni olvido* Soriano despliega mecanismos de vaciamiento de metarrelatos llevados al plano local (ceñidos al peronismo) y en *A sus plantas rendido un león* hace lo propio con metarrelatos globales, en *Una sombra ya pronto serás*, este proceso es mucho más sutil: ya no se produce en la presentación de personajes que representan, desde sí y en su cosmovisión, una construcción discursiva (llevada, en algunos casos, hasta su caricaturización) y/o contradicción entre la teoría y la praxis discursiva, desde el punto de vista político, sino que la interacción entre personajes y de estos con lo narrado presenta un sustrato en el cual el tema de fondo es la desesperanza y la consiguiente desorientación frente al paulatino vaciamiento de sentido de los metarrelatos políticos locales, a modo de metáfora de lo ocurrido con los metarrelatos a nivel global. Por ejemplo, los personajes buscan dejar su no lugar e irse a otros destinos (Bolivia o Miami), en el caso de Zárate y Coluccini, lo que da cuenta de que cualquier no lugar y aquel en el que están resultan prácticamente ser idénticos. Luego de hacer algo de dinero jugando a las cartas se plantean:

“¡Esta vez nos salvamos, Zárate! Bolivia la pasamos de largo y nos instalamos en Miami.” (p. 200)

La idea es irse; ya no hay un apego a lo propio, a lo nacional, muy por el contrario de lo propuesto por el nacionalismo peronista y por el chauvinismo intransigente de las dictaduras militares posteriores. La organización de la comunidad, propugnada por Perón, ya no existe (por lo menos, en términos prácticos) y lo que resta es solo un país “vaciado de sí mismo”; por ende, una nación que se ha desnacionalizado en cuanto a construcción identitaria moderna. Además, esta búsqueda, finalmente, dentro de una novela en la que priman el desplazamiento y lugares en los que se pretenda pasar el menor tiempo posible, apunta hacia la consecución del objetivo de sentar la pertenencia, lo que no se logra establecer.

Como se dijo, el desplazamiento de los personajes provoca que estos se encuentren con otros o con situaciones en las que es imposible que no se produzca el vaciamiento, la “descarga” de sentido, de metarrelatos y discursos, siendo los más recurrentes los del peronismo y su nacionalismo. En un episodio de la novela, Zárate se encuentra, en un recodo de un camino, luego de abandonar abruptamente a Lem, con una anacrónica y grotesca patrulla militar. De hecho, la descripción del vehículo de la patrulla, un jeep, y de sus ocupantes desmitifica la visión que se trató de imponer acerca de la grandeza del Ejército:

“Por un momento creí escuchar truenos y al llegar a un recodo vi un jeep que cruzaba por el borde del arroyo. El tipo que iba sobre la rueda de auxilio llevaba

un rebenque en la mano y dirigía la marcha a los gritos (...) Trepé hasta la orilla para verlo mejor y aunque no le quedaba uniforme se notaba que era militar. El jeep era una pila de chatarra oxidada que temblaba como una hoja y largaba un humo negro (...) Por el aspecto debía ser de la Segunda Guerra y no lo habían pintado desde entonces. Como identificación le habían atado al cañón una lata celeste y blanca de YPF. El oficial tenía el pelo gris como Lem, pero era más viejo y parecía un linyera.” (p. 234)

Luego de encontrarse con esta patrulla, Zárate mantiene un diálogo con el oficial que la dirigía, conversación en la que también se dejan entrever dos planos discursivos distintos: la añoranza de Zárate y la anacrónica solemnidad del oficial, cuya intervención se establece como una metáfora de una época extinta de la cual Zárate solo tiene recuerdos:

“¡Esta es zona militar, carajo! –me gritó–. ¿No sabe leer? –No está señalizado –respondí sin bajar el tono. –Se robaron los carteles –admitió con un gesto de disgusto–. ¿Cuál era su piné, soldado? –Siete, creo. ¿Puede ser? (...) El ruido se apagó y del jeep bajó un tipo cuarentón con una vincha en la frente y cara de no haber visto nunca un civil. –¡Le recuerdo que es la hora de la Patria, mi general! –gritó y se quedó esperando instrucciones. El otro miró al cielo lluvioso, echó un vistazo a un reloj de bolsillo y señaló algo perdido entre la bruma. –Póngase a las órdenes –me dijo–. Tenemos que izar la bandera. – ¿Queda lejos el regimiento? –¡Regimiento! Estamos en pelotas como San Martín, ya ve (...) Véngase conmigo entonces. ¿Sabe qué día es hoy? –No, general. Ya perdí la cuenta. –Veinticinco de mayo. –Mayo es en otoño, ¿no? –Es cuando se nos hincha el corazón, dragoneante. –Nos daban chocolate, me acuerdo.” (pp. 235-236)

Este febril diálogo podría, perfectamente, resumir la contradicción existente en una etapa reciente de la historia argentina: el anacronismo de un discurso moderno, militarizado y nacionalista, y la pérdida de los referentes identitarios propios de un discurso posmoderno; además, el anacronismo de la intervención del oficial demuestra el vaciamiento del paradigma discursivo moderno.

Por último, se aprecia en esta novela un reenfoque que plantea una nación en la cual conviven, momentáneamente, la retirada del concepto moderno de discurso político y el advenimiento de un concepto posmoderno, dentro del cual el paradigma inclusivo moderno se vacía y da paso a una concepción excluyente. Si bien parece que el paradigma discursivo actual, el neoliberal, plantea una “democratización” de las instancias inclusivas identitarias, la praxis lleva a una exclusión no participativa, que, además, deconstruye el concepto de nación y, por ende, de nacionalidad y de identificación individuo-nación.

En términos generales, en este plano del vaciamiento del metarrelato político, en todas sus posibles construcciones y manifestaciones, estas novelas de Soriano representan un paso de lo moderno a lo posmoderno, pues en ellas se aprecia cómo se va dando paso de un sistema de construcción de imaginarios (moderno, absoluto, inclusivo e identificadorio) a uno posmoderno (relativo, exclusivo, creador de no lugares y desestabilizador de identidades). Se considera, entonces, a los metarrelatos del siglo XX como puestos en tensión con su vaciamiento y con sus predecesores, por lo cual los personajes y sus contextos, así como todo lo narrado, se configuran en un desplazamiento de sentido y en un constante tránsito de lo moderno a lo posmoderno: si bien hay un discurso al cual se alude y desde el cual se parte, su praxis lo vacía de sentido y expone un nuevo paradigma constitutivo.

II. El vaciamiento del metarrelato sociológico: la crisis del concepto de identidad

“Al parecer, amplios sectores pertenecientes al ámbito de las humanidades y de las ciencias sociales han adoptado una filosofía que llamaremos –a falta de un término mejor– ‘posmodernismo’, una corriente intelectual caracterizada por el rechazo más o menos explícito de la tradición racionalista de la Ilustración, por elaboraciones teóricas desconectadas de cualquier prueba empírica, y por un relativismo cognitivo y cultural que considera que la ciencia no es nada más que una ‘narración’, un ‘mito’ o una construcción social”.

Imposturas intelectuales, Alan Sokal y Jean Bricmont.

“Ya ninguna ideología política es capaz de entusiasmar realmente a las masas; la sociedad posmoderna no tiene ni ídolo ni tabúes, ni siquiera una imagen gloriosa de sí misma, tampoco un proyecto histórico movilizador. Estamos ya regidos por el vacío absoluto, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis.”

Gilles Lipovetsky

El segundo ámbito en el que se pueden apreciar la instauración y el funcionamiento de los mecanismos de vaciamiento de metarrelatos corresponde al de lo sociológico, pues las construcciones modernas sobre identidad, individuo y pertenencia también son puestas en tensión en la novelística de Soriano. Si bien es cierto que este ámbito y la esfera de lo político están íntimamente relacionados, la especificidad de esta parte del análisis está dada por la situación/relación de los personajes de Soriano en cuanto a miembros de una comunidad, a la condición de desarraigo en la cual se sitúan y, sobre todo, a su individualización como entes posmodernos, pues su constante tránsito y las cosmovisiones que resultan de esta construcción provocan crisis identitarias, las que, en definitiva, conforman a estos personajes y los ubican en espacios que han perdido su capacidad para “simbolizar” en estos individuos. Una de las características del vaciamiento de los metarrelatos es, justamente, su poder para extraer de aquellos símbolos que conforman una identidad común, un significado colectivo que permita interpretar en conjunto el devenir de un grupo social. Su esfera superior es lo político y la que subyace es la esfera de lo social.

En la narrativa de Soriano, en especial en las novelas seleccionadas para el presente análisis, se ve claramente cómo se produce el vaciamiento de la identidad (en todo lo amplio del término), comprometiendo este proceso desde lo individual hasta, como una generalidad, lo occidental. De hecho, una de las consideraciones a tener en cuenta es lo pertinentes que resultan reflexiones como las hechas por Nietzsche y Foucault, quienes consideran, justamente, la construcción moderna del individuo un proceso en tensión y que, en algunos aspectos, sobrepasa los planteamientos que lo significan. Por ende, no es gratuito que Soriano ubique físicamente a sus personajes en lugares situados “en medio de” o “en el límite de”, pues en este tipo de locaciones, la identidad se convierte en un concepto que no produce coincidencia entre sujeto y espacio. Los lugares definen la

identidad o, por lo menos, producen el funcionamiento de mecanismos de reconocimiento y de validación identitaria que originen lazos entre sujeto y locaciones. Los “no lugares” de Augé, por lo tanto, que se construyen en el tránsito de la validación identitaria de un individuo, cobran plena vigencia en las relaciones espacio-individuo propuestas por Soriano. No es simplemente ubicar *per se* personajes en lugares que les son ajenos, sino que provocar la tensión que produce el “situarse” en un lugar. Desde esta perspectiva, entonces, la inserción de los personajes de Soriano se hace desde el margen, es decir, desde una construcción epistemológica distinta de aquellas en las cuales se van a ubicar: son sujetos que interactúan con otros que tienen definida su identidad al interior de lugares que poseen una sintaxis específica. Esta gramática en la construcción de los lugares resulta contundente en la narrativa de Soriano, pues su conformación, tanto a partir del relato mismo como de la interacción entre los personajes, constituye un entramado de relaciones al cual los protagonistas, venidos desde el exterior, deben adecuarse para interrelacionarse. Esto es evidente en las tres novelas, sobre todo en *Una sombra ya pronto serás* y en *A sus plantas rendido un león*, pues en estas los protagonistas (Zárate, por una parte, y Bertoldi y Lauri, por otra) deben ajustarse a las realidades a las cuales llegan para poder validar su presencia y su interacción con los demás personajes. Sus “no lugares” son los “lugares” de otros, pues en ellos se producen relaciones que les son ajenas y poseen una gramática que los especifica y que los reafirma como no pertenecientes a esta. En el caso de *No habrá más penas ni olvido*, por su parte, el accionar de los personajes los lleva a habitar, a localizarse, a salir de los no lugares simbólicos para entrar, casi a la fuerza, a estos lugares delimitados por el metarrelato político.

En definitiva, todos los lugares, utilizando este término siempre al amparo del léxico de Augé, presentes en estas novelas son no lugares para los protagonistas y lugares para el resto de los personajes. Sea Colonia Vela, Tandil, Triunvirato o Bongwutsi, todo aquello que se manifieste como lugar (físico o simbólico) tiende a conformar una dicotomía que también redundante una dicotomía más profunda: el binomio lugar/no lugar perfectamente produce un binomio identidad/no identidad. “Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar”³⁶. Aun cuando esto pueda ser tomado solo como un juego de palabras, debe comprenderse en un contexto específico: siempre hay relación directa entre individuo y espacio (lugar), pues hay una interdependencia significativa para que cada uno de los conceptos cobre validez. En este caso, un individuo puesto fuera de su lugar inexorablemente llegará a un no lugar, es decir, a un espacio que no le es propio y que cuenta con mecanismos y procesos de conformación que le serán impropios al recién llegado, por lo que le quedará la posibilidad de insertarse en ellos, aunque sea de manera forzada. De hecho, tal es la situación de los protagonistas en estos lugares en los que son emplazados, que los consideran justamente como lugares de paso a los que llegaron por hechos fortuitos, y, además, no dejan de hacer notar (cosa que también les es enrostrada por los demás personajes) que están en tránsito. Así, en *Una sombra ya pronto serás*:

“(…) Como no reaccionaba le alcancé la cédula pero no hizo ademán de agarrarla. (...) Tomó un buen trago y después se secó los labios con el pañuelo que asomaba del bolsillo del saco. –Usted no es de...–me preguntó y buscó con la vista algún cartel que le recordara el nombre del pueblo. –No. Pasaba nada más.” (p. 37)

³⁶ Augé, Marc. Op. cit., p. 83.

A modo de ejemplo de la obra en su totalidad, pues Zárate, el protagonista, se moviliza de pueblucho en pueblucho buscando un norte que, pese a no tenerlo muy claro, es el de salir de ahí. Cosa semejante les ocurre a Bertoldi y a Lauri en *A sus plantas rendido un león*:

“Todos los meses, Mister Burnett llamaba al banco y autorizaba el endoso del giro que llegaba a la orden de Santiago Acosta. Así Bertoldi y Estela pudieron pagar el alquiler de la casa mientras abrigan la esperanza de regresar lo antes posible a Buenos Aires.” (p. 33)

Ese es el caso de Bertoldi, quien había terminado como cónsul, en una suerte de suplantación de Acosta, el antiguo embajador de Argentina en un país centroafricano del que deseaba salir y que del cual solo “se apropiaba” mediante la utilización de símbolos patrios (una bandera, una foto de Gardel) en su casa. Sin embargo, el caso más extremo de esta “no pertenencia” es reflejado por el otro protagonista, Lauri, el cual vivía en la clandestinidad en Europa. Este, tras varias conversaciones y acuerdos con aquellos que buscaban instaurar una república socialista en Bongwutsi, logra finalmente llegar a “pertenecer” a un lugar, pues al adscribir a una causa política como la señalada (cuyo sustrato es un metarrelato político moderno), logra insertarse en un espacio con parámetros que le son conocidos y que comparte. No obstante, antes de esto su situación de inestabilidad se aprecia de forma patente:

“Calles prolijas, canales mansos, un lago cristalino. La primavera que asoma en las macetas que adornan los balcones. ¿Qué podía importarle a Lauri esa ciudad si era un azar, un cruce de caminos, un punto de fuga? Mientras pasaba por una callejuela solitaria, de puertas cerradas, jugó a imaginar que Zurich no había cambiado desde los tiempos en que Lenin tomó el tren para atravesar Alemania y sublevar Petrogrado. Cuando llegó a la estación algo apareció en su memoria: ‘Sí...pero Lenin sabía adónde iba’.” (pp. 22-23)

Además, en este personaje, el sentimiento de no pertenencia es aún mayor que en Bertoldi (y, por qué no decirlo, que en Zárate, quien era un “extraño” en su propio país), pues este había logrado mantener un romance en secreto con la mujer del embajador británico, y lo único que le quedaba a Lauri en Zurich era sentirse un ser indeseable, pues se le había negado la permanencia en Suiza:

“Las lanchas parecían flotar a la deriva rodeadas de pájaros. Todo el paisaje transmitía una calma adormecedora. En alguna parte Lauri había leído que la ciudad estaba edificada sobre galerías abarrotadas de oro y le pareció lógico que no lo quisieran allí. Entró en un supermercado y compró queso y pan envasado para comer por la noche. Al salir vio a una mujer que arrojaba el envoltorio de un caramelo en un cesto. Todo parecía en orden y Lauri pensó que el único cuerpo extraño en Zurich era el suyo.” (p.41)

Este sentimiento de “extrañeza”, de sentirse fuera de lugar, en esta novela se sintetiza y se resuelve casi al final, luego de que la revolución de Quomo ha llegado a su fin y de que sus huestes han saqueado y destruido gran parte de la capital. Bertoldi, al verse imposibilitado de salir de aquel sitio, busca “crear” un lugar con el cual sentirse identificado y comienza a izar la bandera argentina en el jardín de la residencia del embajador británico. Ambos, Bertoldi y Lauri, descubren un lugar en donde antes no lo hubo:

“Lauri se preguntaba quién podría ser ese argentino desolado y triunfal, envuelto en un impermeable tiznado, con los dedos de los pies asomando por los agujeros de las botas, que cantaba a grito pelado al pie del mástil (...) Advirtió con qué

envidiable convicción entonaba el O juremos con gloria morir al final, y se dispuso a preguntarle si era él quien había hablado por radio después de Quomo (...) Cuando la enseña llegó al tope, Lauri sintió una rara emoción. Aunque Quomo le había encargado izar la enseña del proletariado internacional, pensó que no tenía derecho a arriar la otra que lejos de allí había sido deshonrada por los británicos. Dejó que su compatriota terminara con el Himno...” (p. 228)

Siguiendo con la clasificación terminológica de Augé, pertinente para este análisis, otro elemento importante para considerar son los medios de transportes utilizados en estas novelas y los lugares de salida y de llegada, pues también reflejan una condición de no lugar, ya que son ellos los que movilizan y trasladan, metafóricamente, a los protagonistas de estas obras, pero colocándolos, en una primera instancia, más que nada como simple espectadores no partícipes de los hechos que se desarrollan y, por tanto, de los lugares en los cuales se realiza el sentimiento de extrañeza: en *No habrá más penas ni olvido* son aviones y autos; en *A sus plantas rendido un león* son aviones, trenes, automóviles y camiones, y en *Una sombra ya pronto serás* son automóviles. No es gratuito que se señalen estos medios, pues en todas las obras, el no funcionamiento de estos es un impedimento para que se solucionen o se produzcan ciertos acontecimientos y, por sobre todo, son necesarios para que se restablezca el nexo de unión entre los personajes y sus lugares de origen, destino o llegada. Se produce en estos no lugares en movimiento una espectacularización de los lugares, pues gracias a ellos estos pueden ser considerados como paisajes ajenos y en los cuales no cabe participación; solo cuando cumplen su objetivo de movilizar, trasladar y/o comunicar se puede considerar que transforman un no lugar en lugar. Ahora bien, como se puede apreciar en las novelas, siempre hay algún desperfecto que mantiene en tensión esta posibilidad de trasladar, casi como una metáfora que apunta a la dificultad de constituirse que pesa sobre los lugares, los que, en la actualidad, son menos que los no lugares. Así, por ejemplo, en *No habrá más penas ni olvido*, la utilización de dos maltrechos vehículos permite a los bandos oponerse y mantener la lucha:

“El desvencijado Chevrolet de la cuadrilla giró en la esquina quemando las gomas contra el pavimento. El que manejaba parecía haber perdido el control. La trompa del camión apuntó hacia la vereda primero y luego, bruscamente, se incrustó contra la camioneta. El techo del coche policial se abrió con un ruido agudo y sus ruedas se despegaron del suelo. Se arrastró tres metros, vaciló, y mientras caía de costado le estalló el tanque de nafta. El fuego empezó a cubrirlo. Adentro, el oficial Rossi alcanzó a ver el cielo por la puerta que se abrió sobre su cabeza. Saltó y corrió con el uniforme escondido.” (pp. 36-37)

El enfrentamiento entre los bandos contrarios está totalmente supeditado al funcionamiento de los vehículos, cuya misión de transporte (y, en este caso, obstaculización) es fundamental para el desarrollo de los acontecimientos y, por ende, del fortalecimiento del metarrelato político.

También la aparición de un viejo avión fumigador que sobrevuela el eventual campo de batalla se transforma en una metáfora de la espectacularización del no lugar provocado por el enfrentamiento, entendiéndose que un campo de batalla puede ser considerado como un no lugar, puesto que es un espacio de intercambio, de tránsito y de pugna por establecer una identidad unitaria.

“Cerviño bajó la potencia del motor y dejó que Torito planeara hacia el campo. Luego giró hasta ver otra vez el pueblo. –Hacé una pasada bajita y los regamos

–dijo Juan–. Nos vamos a divertir. La hélice gruñó pidiendo grasa. El escape soplabla fuego. Cerviño metió el avión sobre la calle principal y lo bajó a cincuenta metros. –Baja más. Planeó a veinte metros, sobre los autos y la gente que estaba frente al municipio. –¡Ahora!– Juan bajó la palanca del depósito. Una lluvia fina, gris, cayó sobre los hombres que miraban el avión.” (pp. 55-56)

En este caso, los no lugares móviles sirven para resguardar la validación de los lugares: las posturas opuestas que se manifiestan dentro del metarrelato político.

A sus plantas rendido un león, en tanto, presenta una utilización mayor de los medios de transporte, pues estos constituyen la única forma de entrada y salida de los lugares y de los no lugares, y cada vehículo utilizado conlleva un simbolismo que ayuda a conformar la gramática de los espacios narrados: un enorme y ostentoso Rolls Royce simboliza el poderío británico; un camión desvencijado metaforiza el atraso y la condición proletaria de la mayoría de los habitantes de Bongwutsi; un enorme avión privado refleja la concepción occidental de la riqueza árabe basada en el petróleo, y un tren que corre por rieles en ignotos parajes sirve para “trasladar” la revolución (el lugar augeano) e instalarla en un no lugar e ideologizarlo. En esta obra, en particular, los vehículos se transforman en el medio del cual se valen los lugares para superponerse sobre aquellas construcciones identitarias no definidas (el mejor ejemplo, sin duda, es el del tren de Quomo, ya que refleja el camino mediante el cual se logrará la liberación):

“De espaldas al faro, encerrado por una aureola de moscones y mariposas desconcertados por la luz, Quomo se sentó sobre una baliza y empezó a hablar en su idioma. Al principio, la voz era amable, casi musical, y Bertoldi, que la escuchaba amplificadas por el transistor de los ferroviarios, pensó que explicaba algo, o que hablaba al oído de las mujeres que escuchaban las novelas de traspas. (...) Al final, Quomo arrastró las vocales, las retorció, las hizo vibrar con un punteo de respiración acelerada, y levantó el puño con tanto convencimiento que Bertoldi, sin darse cuenta, se enderezó para imitarlo. Alguien vivió al comandante y a la revolución, y los monos empezaron a saltar hasta que los durmientes de las vías temblaron y el pito de la locomotora sacudió la larga noche de Bongwutsi.” (p. 213)

Finalmente, en *Una sombra ya pronto serás*, es posible apreciar la indispensabilidad del automóvil como el medio por excelencia que permitirá el viaje, el traslado desde y hacia diversos puntos de la ficción. Cabe destacar que en este caso, y aun cuando se presente en las otras novelas, el mal funcionamiento de un vehículo dificultará el desplazamiento y provocará que incluso la narración quede en suspenso, puesto que los acontecimientos dependen y se configuran, en muchos pasajes de la obra, del movimiento que permita realizar un maltrecho vehículo. De hecho, insistentemente se presentan pasajes en los cuales la condición para que se desarrolle lo narrado es la presencia de un vehículo, ya sea como elemento dentro del cual se suscitan acciones o como medio para que estas se lleven a cabo:

“En el primer paso a nivel que divisé había un auto parado con las luces de posición encendidas y apuré el paso para pedirle que me llevara. A medida que me acercaba escuché una conversación en la que un hombre de cierta edad se negaba a despedirse de una mujer más joven que tenía compromiso con otro. A la luz de la cabina alcancé a vislumbrar el cabello gris del hombre y para no molestarlos me quedé escondido en el terraplén. (...) Se conformaba

con una sonrisa y un gesto lejano. Le oí decir eso y temí por él.” (p. 35) “Los limpiaparabrisas parecían de juguete y como el de su lado no andaba tenía que inclinarse hacia mí para mirar la calle. Varias veces el Citroën se fue de costado y por fin, cuando tomamos el camino ancho, Nadia puso dos ruedas sobre la huella del tractor y eso lo estabilizó bastante. Aunque la carrocería hacía un ruido de latas arrastradas nos alejábamos de Triunvirato y eso nos alegraba a los dos. Abrí el termo para servirle un café pero me dijo que no, que una ginebra le vendría mejor.” (p. 67) “Me incliné para encender la luz de la cabina y lo encontré serio, bien peinado, vestido con un traje impecable y una camisa blanca. Tenía un agujero en la sien pero el resto parecía muy prolijo. Había tenido la delicadeza de abrir las puertas para que la bala saliera sin romper nada. (...) Todo estaba en orden sobre el tablero, como si hubiera hecho un inventario del viaje (...) Lo miré más de cerca y apenas pude contener el impulso de pegarle una cachetada; me daba bronca no haber prestado atención a sus señales, no haber advertido a tiempo que los dados estaban cargados, que cualquiera haya sido su apuesta siempre estuvo perdida. Tal vez lo estaba antes de que ella le dijera que no en el paso a nivel de Colonia Vela.” (p. 229)

En cada pasaje extraído es posible vislumbrar la importancia de los vehículos como elementos que facilitan el tránsito de los personajes entre espacios físicos; pero, sobre todo, permiten un desplazamiento identitario, pues son la herramienta metafórica que conduce hacia una salida o hacia un entramado que valide la existencia, en el tiempo y en el espacio, de un individuo. Los no lugares que pueblan estas novelas no solo corresponden, en sentido estricto, a lo que Augé planteaba sobre estos como instancias en las cuales “se carece de” o que no forman parte del imaginario de un sujeto, sino que también son estos miniespacios de transferencia o traslado (vehículos), los cuales, en sí, están desprovistos de una carga ideológica o identitaria y solo significan en cuanto a su valor utilitario. Para los bandos en confrontación de *No habrá más penas ni olvido*, para Bertoldi, para Lauri o para Zárate, los vehículos son medios para instaurar, abandonar o alcanzar lugares, en un *continuum* en el que se superponen y empotran lugares y no lugares; de ahí, entonces, la importancia de los vehículos, pues estos aceleran esta alternancia, siendo un no lugar que, paradójicamente, puede llevar a un lugar. De hecho, el (inestable) acervo identitario de los protagonistas está supeditado a este tipo de tecnología. En definitiva, lo que subyace, además, es el concepto de viaje, de movimiento, como herramienta posmoderna para asegurar la validez identitaria. Ya no hay seguridad en lo estático; justamente ahí es donde está la indefensión humana; por lo tanto, en lo “móvil” es donde se encuentra el sentido. Casi como una inmensa metáfora, el movimiento se erige como el denominador de todas las concepciones posmodernas de individuo, nación, Estado, entre otras. La solidez y perennidad de las categorías epistemológicas modernas, al desplazarse y desplazar su centro, han dado paso a un vaciamiento de los metarrelatos, que, incluso, puede pensarse como una ausencia de significado donde antes lo hubo: el vacío, producto de aquello que se ha desplazado, se des-semantiza, se vuelve un espacio, un no lugar, en el que la vacuidad de la incertidumbre produce la pérdida del significado, dejando solo el significante.

Así es como la narrativa de Soriano desplaza el contenido de los metarrelatos: presenta individuos que desplazan (o que han sufrido este desplazamiento) los sentidos; sujetos a los cuales únicamente les queda la estructura patente de un mensaje que se ha vaciado de significación. Se mira –con recelo, con desconfianza– cómo la estructura discursiva del metarrelato, que antes evidenciaba una correlación directa entre continente y contenido

va produciendo, internamente, un desplazamiento (un movimiento) que produce un vacío, pues el verdadero sentido es una nueva interrelación entre lo dicho y lo que se quiere decir, o bien, una nueva renovación en cómo se estructuran los paradigmas que sostienen los metarrelatos. Un metarrelato se transforma, se reestructura; en términos de Lipovetsky, la “era del vacío” puede ser considerada, perfectamente, una “era del desplazamiento”, del descentrarse de las bases epistemológicas del pensamiento moderno. En el caso de las novelas estudiadas, qué mejor indicador de movimiento que los vehículos que transportan esta resignificación buscada por los personajes. Cabe preguntarse, entonces, por qué –no solo en la obra de Soriano, sino también en la mayoría de las novelas contemporáneas– existen personajes que se desplazan o que viajan o que son extraños; la respuesta podría deducirse, justamente, de esta necesidad de viajar o de re-situarse como una forma de encontrar aquel esquivo sentido, aquella serenidad que nació a la sombra de los metarrelatos/paradigmas modernos y que, por efectos de un vértigo propio del tránsito, siempre anticipa su partida a la llegada de los sujetos. Donde ya no hay certeza (donde no hay un lugar augeano), ahí llega el individuo.

Además, la identidad del individuo, como categoría central de la episteme moderna, también ha desplazado su significado. Desde un punto de vista posmoderno, se puede afirmar que una de los juegos de desplazamiento más importantes en la literatura occidental justamente se basa en la inconexión entre realidad e identidad: desde Foucault en adelante hasta Deleuze o autores incluso más próximos, la temática tiene como eje la identidad; por lo tanto, en lo literario, se extiende en esta falta de sentido en la relación individuo-contexto, y ya se ve desde *El extranjero*, de Camus –solo por nombrar un paradigma de la posguerra– e irradia a la mayoría de la creación literaria contemporánea. De hecho, se debe tener en consideración que se ha producido un replanteamiento en las categorías de sujeto, persona e individuo, pues dichos términos casi unívocos en el predominio de la modernidad, en la actualidad solo constituyen constructos sobre los cuales se pueden emitir únicamente acepciones peregrinas, ya que se encuentran en constante re-significación. Aun cuando estas concepciones, como señala Manfred Frank, sean invenciones modernas y pruebas tangibles del antropocentrismo a ultranza preconizado en Occidente³⁷, no es menos cierto que son el gran referente mediante el cual se construye la labor intelectual contemporánea. Por esto, el sentimiento de “estar cansado de llevarse puesto”, que expresa Soriano a través de sus personajes en *Una sombra ya pronto serás*, implica que existe un descontento del individuo consigo mismo más por lo que es que aquello que ha hecho. Además, es un sujeto que pierde su identidad en el desplazamiento (ya mencionado) y para quien hay que elaborar una nueva propuesta de existencia, pues las ya existentes no le sirven para interpretarse dentro de su contexto.

Los personajes de las novelas de Soriano estudiadas, precisamente, están en este proceso de deconstrucción identitaria, en especial los de *A sus plantas rendido un león* y de *Una sombra ya pronto serás*, ya que son ajenos a las realidades a las cuales llegan; no logran identificarse más que por oposición a otros personajes o por lo que estos dicen de ellos; están en un constante tránsito, que los lleva a desplazarse también en cuanto a individuos de un ámbito a otro, lo que genera relaciones interpersonales superficiales y/o momentáneas, lo que redundo en una falta de identificación con el otro, y, especialmente, porque las circunstancias no les permiten adecuarse a sus contextos o validarse como parte de ellos. Se señalan las dos antes mencionadas como paradigmáticas de lo anterior,

³⁷ Ver Frank, Manfred. Op. cit. Cabe destacar la interesante reflexión que hace acerca del “certificado de defunción” que la posmodernidad le habría extendido al sujeto, pues este sería un concepto moderno que habría sido reconstruido y anulado por corrientes intelectuales contemporáneas.

pues si bien *No habrá más penas ni olvido* presenta semejanzas, el hecho de que los personajes adscriban a un metarrelato unificador, como el político (cabe recordar que la Argentina de la época era escenario de la polarización entre lo peronista y lo otro, muchas veces independiente del espectro ideológico presente), los hace, por lo menos, tener una validación a nivel grupal o social.

La gran propuesta ideológico-literaria de Soriano, sin duda, radica en exhibir esta inconexión entre individuo y contexto, en mostrar cómo esto se manifiesta a través de este desplazamiento como necesidad para interpretarse y entenderse. Por ende, las categorías modernas de individuo o de sujeto, en este caso, se muestran como superadas y nulas para comprender la interioridad de los personajes, así como para lograr captar su necesidad de estar en movimiento constante. Uno de las constantes en la literatura posmoderna, si se considera que esta puede poseer ciertos patrones estético-temáticos, es la inconcordancia entre sujeto y espacio, algo que la modernidad había resuelto, pues partía de que las concepciones de sujeto y espacio, justamente, no eran relativas o inestables. En la posmodernidad, por múltiples factores, se coloca en tela de juicio desde la base misma de la construcción epistemológica tradicional, por lo que la concepción de sujeto también es puesta bajo un prisma crítico.

Por otra parte, la noción de identidad, si se analiza a nivel macro y se considera siempre desde el punto de vista de su concomitancia con la relación sujeto-espacio, igualmente redundará en la noción de identidad nacional, pues el metarrelato de nación y de nacionalidad, moderno en todos sus ámbitos, en las novelas estudiadas se diluye en el continuo desplazamiento de los individuos. Cabe destacar que las manifestaciones de este metarrelato siempre se han dado por construcciones histórico-ideológicas, por lo que, finalmente, cada una de ellas es una “ficción”, en el sentido de creación, elaborada a partir de una ideología imperante. De hecho, en el devenir histórico, hay tantas construcciones o “ficciones” identitarias como estructuras culturales existan para sustentarlas. En el caso de Lauri o Bertoldi, o en el de Zárate, en caso extremo, sus características de individuos están dadas por esta “tradición”, en el amplio sentido de la palabra, que los presenta como personajes identificables tanto por el lector como por otros personajes. Bertoldi “carga” con elementos que lo identifican como argentino: emblemas patrios, una foto de Gardel, su identificación con el aparente triunfo en la Malvinas; Lauri lleva consigo los estigmas de una izquierda “latinoamericanizada” y sus derrotas a manos de dictaduras militares. Ambos son ejemplos de cómo la identidad se construye bajo el alero de las categorías modernas y, sobre todo, de las “ficciones” respectivas que dan cuerpo a la tradición y a las taxonomías identitarias³⁸.

En el caso de *A sus plantas rendido un león*, particularmente, y de *No habrá más penas ni olvido* y *Una sombra ya pronto serás*, son los “otros” quienes prejuzgan o interpretan conductas y comportamientos como si esto revelasen a un ciudadano argentino cercano al estereotipo: O’Connell felicitando a Bertoldi como representante del pueblo argentino que ha derrotado al Imperio Británico; Quomo infiriendo los movimientos de Lauri a partir de su concepción ideológica, en fin, cada acción de Bertoldi y Lauri adelantada y comprendida por la concepción que los “otros” tienen de ellos. Ambos personajes, puestos fuera de su espacio, arrojados en el corazón de África “se comportan”, ante los ojos de los demás personajes, de una manera determinada. De hecho, las construcciones que se arman en el

³⁸ Ver Montaldo, Graciela. Op. cit. Si bien esta obra es un tanto radical al considerar que todas las “ficciones” o construcciones culturales identitarias tienen como paradigma epistemológico y núcleo geográfico a Europa, da cuenta de las identidades nacionales en América Latina como construcciones culturales definidas por doctrinas ideológicas determinadas. Con esto, la autora enfatiza el hecho de que la identidad es un metarrelato que se construye en medio de constantes transformaciones.

imaginario de los personajes sobre Bertoldi y Lauri son muy similares a las que se arma el lector de los personajes secundarios: cada europeo, americano o asiático que corresponde a una generalización occidental que se hace de la idiosincrasia de los países de los cuales provienen: un ruso, un estadounidense, un inglés, un árabe saudí, en fin, cada uno de ellos con comportamientos que solo un Occidente que prejuzga puede poseer. Por este hecho, el carácter anticipatorio de los comportamientos que el lector aprecia puede, perfectamente, conducir a una concepción humorística del contenido, aunque lo que se pone en ridículo es la concepción preestablecida que logró imponer, en todo orden de cosas, la modernidad. Por lo tanto, la concepción de “ficción” identitaria, en cuanto a creación, es aplicable tanto a Latinoamérica como al resto del mundo, por extensión, lo que allega esta concepción a los cimientos mismo del metarrelato identitario e incluso a las reflexiones de Said sobre las construcciones occidentales.

En el caso de *Una sombra ya pronto serás*, en menor escala eso sí, se puede vislumbrar también dicho juego de construcciones de identidad, pues ese “argentino posmoderno” que es Zárate choca de frente con personajes que están elaborados a base de concepciones modernas: lo estático, la identificación con el medio y su sometimiento, entre otras. De hecho, la incompatibilidad del protagonista con el resto de los personajes justamente se da porque sus cosmovisiones son distintas: el movimiento de Zárate versus la permanencia de los demás, la búsqueda de sentido versus la aceptación de un sentido que, casi como un panóptico, determina las conductas de los pequeños pueblos por donde deambula el relato. Es, en definitiva, una ficción identitaria frente a otra con la cual casi nada tiene en común.

Por último, en *No habrá más penas ni olvido* se presenta una construcción a la que se le podría llamar como “de transición”, ya que el hecho de que se enfrenten dos bandos, el peronista y otro casi inidentificable (o, por lo menos, poco definible), provoca que los paradigmas de construcción identitarios sean inestables o puedan cambiar. Cabe resaltar que una de las cosas que caracterizaba al Peronismo era que su identidad estaba dada por lo que no eran los demás; es decir, el Peronismo era lo que los demás ya no eran o no podían ser: en definitiva, el populismo, universalmente, es (aparte de ser una construcción moderna y un metarrelato ejemplar) una decantación de ideologías que provoca que el individuo “entregue” parte de su identidad a un líder o doctrina o que la “identidad” del líder sea la verdadera doctrina a seguir. Se trata, además, de una novela en la que los bandos son identificables a partir de clasificaciones políticas; por lo tanto, en un primer nivel de identificación, su identidad es política, lo que también es una ficción construida, aunque, como se dijo, por tratarse de un enfrentamiento sean identidades incompletas o en pugna.

Otro aspecto importante para ser destacado es que, a partir de lo anterior, se puede establecer que aparejados a la crisis de identidad expuesta en las novelas estudiadas, así como a la difícil tarea de replantear el concepto y hacer que “re-signifique”, están el desmoronamiento de la concepción de Estado (como construcción romántica y, por ende, moderna), la relativización del concepto de identidad nacional, como ya se dijo, y, en particular, la pérdida de sentido de “comunidad”. Este último concepto debe ser comprendido desde la perspectiva de Benedict Anderson, para quien la “comunidad” es una construcción que, al igual que el concepto de identidad nacional para Montaldo, se sustenta en imaginarios ideológicos y de dominación³⁹. La base de esta estructura, en

³⁹ Ver Anderson, Benedict. Op. cit. Para este autor, el concepto de comunidad es anterior al de Estado, pues es una conformación connatural al hombre. Lo que haría el Estado es “politizarla” (en el sentido de hacerla *polis*) y conformar una entidad intangible, dentro de la cual hay un funcionamiento legitimizado por una entidad superior a la suma de sus individuos (ciudadanos), por lo que se plantea como una estructura. Para el caso de la presente investigación, cabe consignar que esta construcción monolítica

términos de Anderson, se da por la relación (ficticia, por lo demás) que se da entre sus miembros, quienes, a su vez, se supeditan a una microestructura de poder que coloca a esta en funcionamiento, por lo que se produce una interrelación entre aquellos que componen la estructura en su parte basal y quienes participan de esta microestructura de poder. Lo interesante de esto, plantea este autor, es cómo las entidades individuales van cediendo libremente parte de su control particular para la consecución de metas comunes (el sentido de lo colectivo y externo en el ser humano, como producto de la modernidad). Por lo tanto, siempre hay relación individuo (ciudadano)-Estado, sea en términos de total abandono de derechos y al compromiso con deberes superiores (como en las ideologías totalitarias) o en cuanto al Estado como benefactor de sus ciudadanos (sistemas democráticos). Ahora bien, la posmodernidad se ha encargado de que esa relación haya sido puesta en tela de juicio, ya que el carácter más individualista o, mejor dicho, de escepticismo frente a propuestas colectivas y la progresiva pérdida del poder del Estado como entidad que resguarda el provenir ciudadano han logrado que exista un distanciamiento, en el cual la indefensión de un individuo acostumbrado al amparo estructural se subraya como punto de partida de toda inseguridad óptica.

Pues bien, dentro de este marco se producen las relaciones individuo-estructuras en la obra de Soriano, en especial en las novelas estudiadas. Primeramente, los protagonistas, en continuo desplazamiento, cabe recalcarlo, no generan mayores vínculos con las estructuras que rigen los contextos a los cuales llegan: un argentino perdido en su propio país sin la capacidad de adecuarse cabalmente a los círculos sociales y culturales a los cuales arriba y con predisposición a abandonarlos; dos individuos ubicados, por circunstancias externas, en territorio africano, en un contexto que les es totalmente ajeno y con el cual solo generan interrelaciones tangenciales y momentáneas; dos bandos en pugna por la mantención de un ideal político, al cual únicamente adscriben por cuestiones de ordenamiento interno, sin más arma ideológica que arrebatos bárbaros. Todas son muestras de comunidades fragmentadas y fragmentarias, dentro de las cuales existen sujetos a la deriva, los cuales buscan, paradójicamente, en el desplazamiento una ubicación, un arribo a un lugar.

Ahora bien, la fragmentación y la fragmentariedad (este último concepto entendido como una cualidad de aquello que tiende a la dispersión o la multiplicidad) presentes en las macroestructuras sociales planteadas por las obras estudiadas son contemporáneas o posteriores a conflictos o a situaciones importantes, ya sea de carácter local o global: el mundo narrado en *No habrá más penas ni olvido* se circunscribe a las disputas entre bandos antagonistas en una década sobreexcitada por un “reacomodo” político producto de la omnipotencia del Peronismo como ideología predominante, al interior de la cual comienza a gestarse la “movilidad” (el desplazamiento) de los segmentos en disputa hacia posiciones políticas más sólidas, lo que conllevó a una lucha interna polarizada. *A sus plantas rendido un león* tiene como trasfondo histórico la Guerra de las Malvinas, un ejercicio de marcado carácter nacionalista y último estertor de una concepción moderna colectiva, que tuvo como consecuencias el descalabro social y político y una posterior vuelta a un sistema democrático. Cabe consignar que, en la novela, esto provoca un arrebato de chauvinismo caricaturesco, pues marcaba cierto alivio en la población argentina de la época luego de las luchas intestinas de la década de los '70. Por último, *Una sombra ya pronto serás* exhibe de manera más exacta (e individualista) la concepción del ciudadano argentino como “derrotado”, pues este desplazamiento que antes se realizaba de manera colectiva, ahora es particular y, por ende, resulta un desvarío identitario que busca salir de un lugar para

y el estatus que se les confiere a quienes participan de ella generó uno de los metarrelatos más sólidos de la modernidad, pues las teorías políticas modernas se basan en su funcionamiento y en la interdependencia que se produce entre Estado e individuo.

llegar a otro del cual no se tiene certeza. Todo lo anterior demuestra que los protagonistas de estas novelas, pese a que *No habrá más penas ni olvido* podría considerarse como protagonizada por un personaje/sujeto colectivo, son el resultado de un desorden/orden nuevo, que trae como consecuencia la sensación de la incertidumbre, pues los grandes paradigmas colectivos (subproductos de los metarrelatos modernos) se han vaciado y su centro se ha desplazado hacia lo desconocido. Las sociedades originadas, por lo tanto, están compuestas por quienes superaron la etapa de lo social (de lo común, por ende), lo que redundaba en una concepción del mundo que parte desde lo individual como punto de partida de toda concepción político-sociológica.

A lo anterior, asimismo, se debe agregar la existencia de un concepto que si bien proviene del ámbito político-geográfico, ha logrado re-significar e instalarse en el campo de la interpretación: la frontera. Una de las primeras acepciones (modernas) para este término es justamente de un límite imaginario entre dos naciones, establecido por mutuo acuerdo, por lo general, y que sirve para delimitar territorios. Sin embargo, este término, ayudado por la significación ideológico-cultural que el sustantivo frontera ha tenido (sobre todo desde los estudios de políticas culturales) en cuanto a su utilización en la investigación de las relaciones existentes entre Estados Unidos y México, ha comenzado a significar “límites” de otro tipo: étnicos, culturales, políticos, sociales, etc.⁴⁰ De hecho, para el presente estudio es pertinente trabajar parte del análisis considerando esta nueva acepción, pues la frontera es un punto desde el cual también se produce contacto.

La frontera, como se desprende de lo anterior, no necesariamente tiene que establecerse entre elementos contiguos, sino que puede significar un lugar de intercambio e interacción (una suerte de vaso comunicante) entre concepciones culturales diversas. Ahora bien, una concepción moderna del término podría manifestar que justamente es en la frontera donde se reconoce la propia identidad por oposición a aquella de la cual se está separado, por lo que se validaría, por oposición, la propia. Sin embargo, en términos como los que plantean, la frontera es un lugar en el que las identidades se diluyen, entran en contacto y pueden hibridarse; por lo tanto, la frontera se erige como un centro de producción cultural, un “margen” que se vuelve centro, se valida y se instala a la par de otros centros de reflexión intelectual y, específicamente, literaria. Por eso, se podría perfectamente considerar que la novelística de Soriano, en particular las novelas analizadas, con un reflejo de esta “narrativa de frontera”, pues los personajes protagónicos, así como los elementos del mundo narrado, se explican desde los márgenes, desde la frontera. Cada una de estas obras muestra cómo se está constantemente partiendo desde “afuera hacia dentro”, desde lo que se está construyendo (casi a ciegas) hacia lo que está construido. Así es como, metafóricamente, los personajes se desplazan desde lugares inhóspitos, poco civilizados, hacia sitios en donde la presencia de referentes culturales es mayor: sea de un pueblucho de la periferia a un centro urbano mayor o del África semi salvaje a un África “occidentalizada”, cargada de ideologemas políticos modernos.

Además, cabe destacar que la frontera planteada en estos términos es una construcción dinámica, la cual se va elaborando a partir de lo que aportan las culturas que se contactan a través de ella. En el caso de las novelas estudiadas, la frontera se construye con

⁴⁰ Ver Michaelsen, Scott y Johnson, David E. Op cit. El contenido de esta obra apunta a conformar el concepto de frontera como un límite imaginario (una concepción moderna, de hecho) que separa dos ámbitos, no solamente geográficos; pero, además, es visto por los autores como un elemento por el cual se producen intercambios, interrelaciones de todo tipo, por lo que podría considerarse que es más un elemento unificador que limitante. Sin embargo, también plantean que en la frontera se puede llegar a producir la hibridación cultural, proyectándose como el elemento preponderante aquel que proviene de una cultura dominante, por lo cual también sería, como concepto, una construcción dinámica.

los desplazamientos de los individuos y con los no lugares que van matizando el accionar de cada protagonista: la transmutación de espacios y de identidades (o, por lo menos, de identidades momentáneas) va configurando una frontera literario-ideológica que sirve de polo de producción identitaria. Se produce un traslado de imaginarios occidentales hacia contextos en los que estos se desconfiguran y re-significan. Bertoldi y Lauri movilizan el imaginario político occidental, al igual que personajes como Quomo, O'Connell y El Katar (aunque, en estos casos, con cargas etnocéntricas distintas), a fin de construir algo dentro de un dinamismo que se simboliza en su constante desplazamiento. Zárate busca salir de todo lugar al que llega, aunque en estas verdaderas escapatorias moviliza también un imaginario que se construye con cada movimiento. La frontera temática resulta de constantes vaciamientos de metarrelatos occidentales modernos que son puestos en un punto de fuga que produce el tránsito. De hecho, una interesante convergencia se gesta a partir de la terminología augeana y de la concepción de frontera utilizada: la frontera es, aparentemente, un no lugar, pero que se transforma en lugar gracias al tránsito que por ella se produce. La idea de la frontera como un espacio para el reconocimiento identitario también sirve para la conexión de identidades; además, es un contexto que adquiere la posición de centro al ser punto de partida de reflexión intelectual y, en este caso, de producción literaria. Estas novelas de Soriano son, en definitiva, construcciones temáticas novedosas que incorporan el límite como lugar de inicio de lo fictivo. Como se señaló, la frontera no necesariamente debe ser entre proximidades, sino que puede significar el punto de encuentro entre identidades que se construyen en una dinámica posmoderna que va más allá de la autoidentificación moderna. Lauri, Bertoldi, Zárate y los personajes de *No habrá más penas ni olvido* se configuran mediante los elementos en fuga de los cuales forman parte: sus identidades, fragmentarias y fragmentadas, se construyen desde fuera de un contexto que sirve de trasfondo para el mundo narrado. La frontera es un punto de producción donde y desde el cual convergen identidades en constante conformación.

Por otra parte, cabe consignar también que todas las construcciones ideológicas e imaginarios a los cuales recurren tanto el autor como el lector para fortalecer el diálogo en las obras responde a una inminente aparición de paradigmas nuevos, en todo orden de cosas. La identidad, la percepción y concepción del otro, la configuración de los espacios, las cosmovisiones de la fugacidad y el "vacío" de los metarrelatos, en cuanto a construcciones reconstruidas, entre otros elementos, forman un conglomerado de parámetros que, en muchas ocasiones, terminan por superar lo intrínsecamente literario, pues una de las características de la literatura posmoderna es justamente proponer interpretaciones que se desplazan, ya que el contexto de referencia es tan movedizo como el relato mismo o como las conductas de los personajes. Entonces, cabe preguntarse por qué los paradigmas se exhiben renovados o vaciados, frente a lo cual la respuesta es la inmediatez de ocurrencia de nuevos parámetros intelectuales que se corresponden con el contenido de las obras analizadas. Hay una nueva mirada de la condición del individuo y de su entorno más próximo; la omnisciencia narrativa ya no es aplicable porque la certeza de lo que ocurre (ha ocurrido y ocurrirá) es nula o, por lo menos, confusa. Al aparecer una obra como *Orientalismo*, de Edward Said, lo que se presentaba era un escenario en el cual se hacían válidas otras maneras de ver el mundo y al individuo; se hace hincapié en que la occidental es una de las conformaciones epistemológicas posibles, no la única. Said plantea que las demás conformaciones son válidas, pues también representan procesos de reflexión y de validación de paradigmas. Aunque se haya tildado a Said de ser un "rupturista con una visión occidental", pues su taxonomía no es más que una extrapolación de las occidentales, deja abierta la posibilidad para pensar que, finalmente, las proyecciones del imaginario que se posee (producto de una ideología dominante) son la base de toda

producción intelectual, aun cuando se llegue a la generalización a través de estereotipos. En el caso de las novelas estudiadas, esto es aplicable desde dos puntos de vista: primero, en la proyección de los arquetipos propios de la generalización ya mencionada y que se vislumbran en las obras analizadas. Por ejemplo, en *A sus plantas rendido un león* existen construcciones (rayanas en lo caricaturesco) identitarias, elaboradas a partir del prejuicio absolutista moderno: un guerrillero irlandés, física y psicológicamente predecible; un millonario árabe que corporiza todas las proyecciones del imaginario occidental; un militar africano cuya conducta y asimilación de ideologías europeas resulta lo más cercano al “exotismo” con que Occidente apreciaría a un militar de raza negra y con ínfulas de poder. En definitiva, se produce un juego entre la representación del otro a partir de concepciones identitarias propias; quizás si esta sea la herramienta más utilizada para elaborar constructos proyectados. Al respecto, cabe señalar que esta predisposición moderna viene desde los tiempos de las crónicas de la conquista de América, en las que lingüísticamente se construía una visión de los territorios a los cuales se había llegado a fin de obtener recursos de las monarquías que habían costado los viajes; es decir, se conquistaba mediante la colonización de los imaginarios locales para validar proyecciones preexistentes. En el caso de la novela mencionada, estas construcciones existen, pero con la diferencia que estas entran en diálogo con otras (la de Bertoldi o la de Lauri) que están en proceso de elaboración o que se encuentran en un plano de indefinición. Se recurre, entonces, a la contraposición de imaginarios para, por defecto, establecer a uno y otros en campos de acción específicos.

Un segundo punto de vista está relacionado con la oposición de discursos que se aprecia en las obras estudiadas: existe en *A sus plantas rendido un león* y *Una sombra ya pronto será* una contraposición entre metarrelatos modernos (desde los cuales se configuran las identidades de los personajes secundarios) y discursos en constante renovación y desplazamiento, instancia en la cual se vislumbra cómo se produce, a nivel macro, una pugna por la imposición de imaginarios absolutos sobre imaginarios y/o discursos que están en proceso de elaboración. Si bien en la obra de Said subyace la idea de que, finalmente, la oposición se da entre imaginarios, en las novelas de Soriano el enfrentamiento se presenta en desigualdad de condiciones, lo que no resta que, en el fondo, la gran temática, en este aspecto, sea la confrontación de aquello que se valida meramente como una proyección. En cuanto a *No habrá más penas ni olvido*, esto se produce en una veta más interna, pues si bien no se explicitan los discursos (o proyecciones discursivas), ya que el metarrelato político y el metarrelato de la identidad nacional son el contexto del mundo narrado, sí se genera a partir de las proyecciones individuales de los personajes y de las particulares interpretaciones realizadas de los metarrelatos: se toma como algo personal la realización del proyecto del metarrelato, por lo que esta individualización de los contenidos sea un rasgo de la fragmentación posmoderna.

En último término, mención especial merecen los títulos de las obras analizadas, pues estos, también desde una perspectiva del desplazamiento y del vaciamiento, corresponden a exteriorizaciones de paradigmas, los que, en el plano de lo metafórico, entran en concomitancia con el contenido del mundo narrado. *No habrá más penas ni olvido*, extraído de “Mi Buenos Aires querido”, un famosísimo tango de Carlos Gardel y Alfredo Le Pera —paradigmas del metarrelato de la identidad nacional argentina—, manifiesta la búsqueda del restablecimiento de la seguridad que brinda la certeza de lo estático. La confrontación entre los bandos en pugna evidencia la existencia de un cambio de paradigmas en lo político, y es justamente desde esa sensación de indefensión e incertidumbre que se produce esa “nostalgia posmoderna” (en conceptos de Lipovetsky) por la seguridad de lo inmóvil. Además, el juego es doble, pues el tango, como manifestación del metarrelato identitario,

es puesto en el plano del vaciamiento, ya que el título de este re-significa, es decir, cambia su sentido completamente, lo que provoca su readequación. En el caso de *A sus plantas rendido un león*, pese a que es parte del Himno Nacional de Argentina, se da un caso similar, pues también, y en mayor medida que el caso anterior, está relacionado con el metarrelato de la identidad. Esta novela es una contradicción en cuanto a su sentido, ya que lo que expresa su título tiene que ver justamente con la sumisión, con la rendición, de una potencia militar (en el caso del Himno, la referencia es a España) ante el poderío argentino. El desplazamiento de sentido es importante y evidente, pues la obra manifiesta cómo es “lo argentino”: aquello que está supeditado a la benevolencia económica del embajador de Inglaterra, a la generosidad de las autoridades de Bongwutsi, entre otros hechos similares en los cuales se manifiesta la dependencia jerárquica. Finalmente, en *Una sombra ya pronto serás*, extracto de un tango de 1926 de Juan de Dios Filiberto, también se puede apreciar cómo el título da cuenta de la condición del protagonista, quien, en su constante desplazamiento, se va reconstruyendo y construyendo alternadamente, sin alcanzar una definición de sujeto en un entorno en el cual el resto de las identidades están definidas.

Lo anterior lleva a plantearse que la re-significación afecta a todas las novelas estudiadas, tanto en el plano ficticio como en el fictivo, y, además, plantea, como línea argumental general, el vaciamiento de metarrelatos o el desplazamiento de sus significados, lo que conforma una narrativa en la que el centro es el individuo como construcción dinámica y lo narrado como una elaboración en constante transformación, pues sus referentes inmediato también lo están.

III. El vaciamiento del metarrelato filosófico: cansancio e incertidumbre

“El hombre que se sustrae a la angustia de su propio ser auténtico y se refugia en lo anónimo es como desterrado que vuelve a la patria. Luego la patria del hombre no es la singularidad, sino lo anónimo, lo impersonal, la muchedumbre. El hombre es como el que se ha evadido y prefiere la segura esclavitud de la cárcel a la amenaza de la libertad de la vida a la intemperie. La sociedad es la patria del hombre caído.”

El existencialismo, Norberto Bobbio

Acorde con el correr de los tiempos y con las tendencias intelectuales contemporáneas, se afirma que una de las características de la novelística reciente es que ficcionaliza el sinsentido de la existencia humana, en toda la extensión del concepto. Los personajes son puestos en escenarios que les son y de los cuales son ajenos; el mundo narrado, muchas veces, se desarrolla a partir de patrones lógico-abductivos; la narración puede manifestarse a través de la polifonía, entre otras características; sin embargo, lo más representativo es cómo se configuran los personajes y las relaciones que estos establecen al interior de la ficción. Todo lo anterior podría ser considerado como particularidades propias de una narrativa existencialista, ya que estas son condiciones que exhiben a un individuo que no ejerce ningún tipo de dominio sobre aquello que lo rodea o que desconoce el comportamiento de su contexto.

Ahora bien, cabe consignar que entre existencialismo y posmodernidad hay una relación especial, pues como corriente de pensamiento, según lo plantea Norberto Bobbio, da cuenta de una condición de incertidumbre, la que será definida por la terminología posmoderna. De hecho, plantea la existencia de una crisis que origina un nueva sensibilidad: “Cuando la crisis cunde, hay entre las actitudes espirituales una que pretende presentarse como la única válida y legítima: es la actitud de aquel que renuncia a la autoridad y acepta el desorden, echándose encima la crisis como una carga que hay que llevar hasta quedar aniquilado, como una pena que hay que expiar hasta la destrucción de nosotros mismos; aquel que, en resumidas cuentas, hace de la crisis no el objeto de una reprobación ni un trampolín para una salto hacia delante, sino su propio destino, su último refugio, y encuentra en esta degradación su complacencia...”⁴¹. Desde un punto de vista “afectivo”, la tranquilidad posmoderna (o de ser posmoderno, según lo plantea Octavi Fullat⁴²) daría paso, en lo micro, a un individuo que carga con la nostalgia de la seguridad y que se ve en medio de un relativismo que lo aleja de un verdadero compromiso con la realidad. Esto es significativo al momento de analizar las novelas escogidas, pues en estas se aprecia cómo, con las particularidades de cada caso, el desplazamiento es lo que provoca la huida de este compromiso. Sin embargo, además se produce algo contradictorio: se busca la evasión, pero también se busca la inclusión, aunque el resultado es la exclusión.

⁴¹ Bobbio, Norberto. Op. cit., pp. 20-21.

⁴² Ver Fullat, Octavi. Op. cit. Lo que plantea el autor como “tranquilidad posmoderna” correspondería a un estado en el cual se asume la posibilidad de estar en el medio de una crisis (más que nada, de un cambio), dentro del cual resulta necesario redefinir las instancias de reflexión. Prácticamente, sería asumir una crisis, pero buscar su clasificación más que una solución que le dé fin.

Por lo tanto, el mundo narrado y el comportamiento de los personajes son, en sí mismos, dualidades casi irreconciliables, ya que se escoge la escapatoria, pero con el fin de poder lograr la inclusión.

En el caso de *No habrá más penas ni olvido*, cada bando persigue la inclusión a través de una lucha que representa la huida de un estado de cosas:

“Eran cuatro y dijeron que estaban bien. El joven e bigote les sirvió café. Tres periodistas sacaron lapiceras y papeles; el otro encendió un grabador. Guglielmini empezó a hablar. Cuando terminó el relato, agregó con gesto complacido: –Pregunten lo que quieran. Ya me conocen, yo también fui periodista. –¿Cree que el gobierno intervendrá la municipalidad de Tandil? – No –dijo el intendente–. El gobierno provincial, con el que estamos plenamente consustanciados en su defensa de la verticalidad justicialista, sabe que estamos llevando adelante una lucha contra la sinarquía internacional que en Colonia Vela es comandada por el delegado municipal y la juventud que se dice peronista. – ¿Usted cree que es necesaria tanta violencia policial? –preguntó un cronista. – No ha habido violencia policial, señor. Son los marxistas los que han atacado a las fuerzas de orden. Incluso sabemos que Ignacio Fuentes asesinó a un pobre placer, obrero municipal, por negarse a pelear contra las autoridades a las que reconocía legítimas y peronistas.” (pp. 66-67)

En *A sus plantas rendido un león*, los personajes quieren lograr participación acomodándose dentro de proyectos políticos que no son propios, sino que corresponden a procesos “desplazados” de antiguas prácticas discursivas modernas. Además, se aprecia cómo esto redundaría en situaciones de incomodidad, al saberse parte de algo ajeno, lo que, en ocasiones, los haga querer desplazarse y huir, aparte de provocar en ellos nostalgia por no estar en su contexto:

“El Primer Ministro le hundió el codo en las costillas. –¿Qué tiempo hace allí ahora? –¿Dónde...? –el cónsul sintió una oleada de calor que le subía por la espalda. –En las Falkland. –¡No me diga que...! –el cónsul hablaba en español. –Hielo, nieve, siempre nos toca lo peor... –¡...recuperamos las Malvinas! – ¿Qué dice? –¡Viva la patria, carajo! El Primer Ministro estrelló el zapato contra una pantorrilla del cónsul que gritaba como un desaforado. –Sí, parecen inmensamente imbéciles –dijo el Emperador con voz cansada–. Sáquenlo de aquí. ¡Fuera! ¡Qué vengan los otros!” (p. 22) “Bertoldi no podía pegar los ojos. Entre zumbidos de interferencia, la BBC detallaba los bombardeos de la flota británica contra las Malvinas y los preparativos para el inminente desembarco. Afuera arreciaban los truenos y los sapos anunciaban la estación de las lluvias. El cónsul ya había tomado la decisión de proteger el pabellón nacional con una retirada decorosa: como el aeropuerto seguía cerrado, el único medio de repliegue era el ómnibus a Dar-es-Salaam.” (p. 123)

Finalmente, en *Una sombra ya pronto serás*, el protagonista también recorre el universo narrado en busca de una inclusión que le es esquiva, pero que se le presenta en cada momento del recorrido que, para él, se convierte en una continua escapatoria. El protagonista, después de una serie de peripecias, logra encontrar una salida de las regiones inhóspitas en las que se encuentra:

“La señal de partir estaba baja y el semáforo en verde pero no vi a nadie en la locomotora y los vagones tenían las cortinas bajas (...) La partida estaba prevista para las ocho pero no decía de qué día ni yo sabía en qué fecha estábamos. Tiré de una cuerda para tocar el pito como me lo había pedido el gordo y esperé a ver si venía alguien. Lo único que se escuchaba era el silbido del aire que entraba por los vidrios rotos (...) Aparté los yuyos que se me habían enredado en las piernas, llevé el bolso al último vagón y abrí todas las ventanillas para que entrara el sol. Después saqué la última cerveza y me senté a esperar que el tren arrancara.” (pp. 250-251) “Ahora no sabía dónde iba pero al menos quería entender mi manera de viajar (...) Hacía rato que estaba sentado al borde del camino cuando pasó un Sierra tocando bocina y casi se lleva por delante la rotonda. Fue el último coche que vi y a las diez fui a buscar unas manzanas que me dejó el camionero porque las manos me estaban temblando de hambre. En el bolso llevaba unos grisines que había sacado del comedor del tren, pero me dije que sería mejor dejarlos para la mañana siguiente.” (p. 10)

Dentro de esta constante búsqueda, casi desde la inercia y desde la exclusión, por ser incluido, el individuo contemporáneo queda a la deriva, en términos existenciales. Ya la certidumbre de lo estático, en términos generales, da paso a una individualidad que se mueve en la incerteza; la preocupación, obvia, por lo demás, es solucionar su condición particular inmediata. Por eso se está frente a una construcción gradual del sujeto, ya que este busca definirse a como dé lugar. El ribete existencialista en estas novelas, por ende, está determinado por la crisis producida por los paradigmas colectivos, que representan el amparo del individuo de nuestro tiempo, quedando como resultado un vacío de significado, al cual hacía mención Lipovetsky, que, en casos extremos, llegará a un nihilismo desesperado en Cioran. En los personajes de Soriano, la redención se da en esta posibilidad de poder desplazarse, de construirse *ad infinitum* en cada contexto del mundo narrado en el que son ubicados. Metafóricamente, el pasado difuso (o inexistente) de sus vidas, de recuerdos que se evaporan por la fuerza de los acontecimientos presentes, significa dentro de un paradigma de sujeto nuevo. Los “descontentos” de Bauman son aquellos individuos puestos en el límite de su existencia y de sus entornos, productos de una globalización que vacía de identidad el espacio en el cual se reside. De hecho, qué mejor máxima para la elaboración de personajes que determinarlos por este “estar cansados de llevarse puestos”, es decir, por ese cansancio nerudiano de “*Walking around*” de sentirse en una dicotomía entre lo que se es por esencia y lo que se es en términos de ser-en-el-mundo.

La simbología de Soriano al respecto es numerosa: los desplazamientos de personajes siempre foráneos (dentro y fuera de su patria), las luchas sin sentido por una inclusión de una incertidumbre que provoca que el tomar partido sea una medida desesperada por ser incluido, las largas disquisiciones por establecerse o no en un lugar y hacer que este “signifique”, en fin, todas muestras de un cansancio y de una incertidumbre que van configurando una “derrota”, la cual solo se padece, pero que muy pocas veces se explica.

La novelística de Soriano –y la latinoamericana posmoderna, por extensión– da cuenta de esta situación. Quiérase o no, la temática de una posmodernidad amoral apunta hacia ese sentido: dar cuenta de la situación del individuo en el mundo, una aporía a la cual este autor coloca cierta solución enmascarada: la posibilidad de seguir moviéndose y de seguir construyéndose. Quizás si esto último haga que esta derrota sea siempre postergable, pero ineludible.

IV. El vaciamiento del metarrelato histórico: replanteando el gran relato moderno

“Es posible llevar a cabo un intercambio entre la poética del relato y la teoría de la historia, en la medida en que, por una parte, la crítica literaria advierte la generalidad formal del acto de contar, más allá de sus encarnaciones en los modos ficticios del relato, y en que, por otra parte, la crítica de la historia asigna a la trama, no sólo un papel en el último nivel de la comunicación literaria, sino en el nivel de la propia intelección de los cambios de los que da cuenta el historiador.”

Historia y narratividad, Paul Ricoeur

“La imaginación histórica nunca ha volado tan lejos, ni siquiera en sueños, pues ahora la historia del hombre es meramente la continuación de la de los animales y las plantas; el historiador universal encuentra huellas de sí mismo hasta en las profundidades del mar, en el lodo viviente. Se queda atónito ante el enorme camino que el hombre ha recorrido, y su mirada tiembla ante la maravilla más espléndida de todas, el hombre moderno que puede verlo todo.”

El uso y el abuso de la historia, Friedrich Nietzsche

Como se planteó en el inicio del presente trabajo, probablemente sea la historia, tal y como se concibe desde el punto de vista moderno, el gran relato que sustenta a los metarrelatos que se han analizado, debido a que su configuración en cuanto ciencia es la que reúne mejor el paradigma de los absolutos impulsados en especial por la Ilustración: no se concibe tradicionalmente como un texto, es decir, como una construcción que trasunta el punto de vista del autor, pues se cree que el historiador, al referirse a fuentes, objetiviza el contenido de su obra, transformándola en un constructo lingüístico que se explicaría por sí mismo; su sustrato en la organización cronológica que sigue una línea judeocristiana de disposición de eventos, lo que organiza pasado, presente y futuro como categorías absolutas preexistentes; presenta un punto de vista que resume la sensibilidad de una época, lo que le otorga, en mayor o menor medida, una homogeneidad en la concepción de mundo que centraliza la comprensión y la elaboración de un imaginario a partir de esa concepción.

Sin embargo, y siguiendo la lógica de lo planteado hasta el momento, la historia es una construcción lingüística perfectamente definible como texto (aunque algunos historiadores, como Roger Chartier, crean que este es un término polisémico y, por lo tanto, no recomendable), que presenta una proyección de un imaginario y que representa una concepción de mundo proveniente de una determinada ideología. De hecho, Hayden White, en su libro *Metahistoria*, plantea lo siguiente acerca de la escritura de hechos históricos: “...considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa. Las historias (...) combinan cierta cantidad de ‘datos’, conceptos teóricos para ‘explicar’ esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron

en tiempos pasados. Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie ‘histórica’⁴³.

De acuerdo con esto, resulta, entonces, manifiesto que el gran trasfondo que permite denominar modernidad o posmodernidad a cierto periodo es, en realidad, una construcción, aunque, por su validación tácita, considerada como un absoluto *per se*.

A partir de esta concepción, el sustrato de todo metarrelato es tan o más inestable que cada uno de los discursos vaciados presentes en las novelas estudiadas: las prácticas de construcción identitarias políticas, nacionales, sociales, filosóficas y, por extensión, culturales son vertientes de una visión de entre varias posibles: la historia occidental es una dentro de una gama de posibilidades de historia, los metarrelatos vaciados son algunos de los que podrían llegar a formularse; por lo tanto, la elaboración de una identidad de un sujeto es una ínfima parte de una estructura que tambalea por tener cimientos que se revelan como débiles. Además, cada instancia histórica mencionada es un “espejismo” de certidumbre: en *Ya no habrá más penas ni olvido*, el metarrelato político se sustenta en una historia que es escrita por una de las partes que intervienen en el conflicto armado: la pelea por adueñarse del municipio y de la plaza como instancias del poder político y del poder ciudadano, respectivamente, van creando en los partícipes la sensación de que pueden “hacer historia” y así validar sus respectivas identidades en uno u otro bando:

“–Los cagué, ¿no? –preguntó en un hilo de voz. –Sí, hermano. Los hicimos mierda. –¿Ganó Ignacio? –Claro. ¿Te podés mover? –No sé..., estoy bien así. Tengo un poco de frío nomás. –Te vamos a llevar al pueblo para que te curen. –No, si estoy todo roto... Qué cagada morir ahora. –Pará, hermano, tengo la bicicleta. Te voy a llevar a la sala de guardia. –Dame otro trago. Juan miró la botella. –No hay más, viejo. Aguantá hasta el pueblo y te compro otro litro. Intentó sacarlo del avión. Cerviño se quejó y cayó de costado. –Déjame..., los hicimos mierda... ¿Estás ahí, Juan? –Sí, hermano, sí. –Decile a don Ignacio que jugué por él..., que soy peronista y... que nos les afloje... cuando el general lo sepa va a estar orgulloso.” (p. 148)

En *A sus plantas rendido un león*, la pugna ideológica es solamente por convenciones (históricas) previas que devienen otras instancias menores que se van transformando en minucias discursivas. Así es como Bertoldi, Lauri, Quomo, O’Connell y El Katar actúan con el trasfondo de la Guerra de las Malvinas, de la instauración de una república socialista en territorio africano, la lucha antiimperialista y la eterna lucha contra el Occidente cristiano, respectivamente; cada hecho, a su vez, simbolizando momentos de la historia de Occidente y exhibiendo las contrapartes del discurso histórico oficial. Cabe destacar que el propio título de la novela es puesto en tensión en el relato, es des-semantizado de carga histórica, pues el Himno Oficial, construcción textual de un momento histórico, es llevado casi hasta la caricatura:

“Dejó que su compatriota terminara con el Himno y vio cómo se agachaba rápidamente a cerrar la valija azul, bastante maltrecha, que tenía a su lado. – ¿Así que usted es mi cónsul? –dijo. –¿Con quién tengo el gusto? –respondió secamente Bertoldi y miró la bandera roja que el joven llevaba hacia el mástil. Lauri le dijo su nombre y lo miró a los ojos. –¿Es el cónsul o no es el cónsul?

⁴³ White, Hayden. Op. cit., p. 9.

**–No, qué voy a ser... Yo soy Bertoldi, el empleado. –Me pareció escuchar...
–Entendió mal. El cónsul es Santiago Acosta y se borró hace tiempo. Oiga,
¿no pensará colgar esa cosa al lado de nuestra invicta bandera? –Lamento
informarle que ya ha dejado de ser invicta. –¿Qué me quiere decir? –Que los
militares se rindieron.” (p. 228)**

En *Una sombra ya pronto serás*, en tanto, todo se vuelve aún más inestable, caricaturizado este desequilibrio por esa entrañable y grotesca patrulla militar con la que se encuentra Zárate y que todavía busca mantener a salvo los límites de la patria de un enemigo inexistente. La situación grafica perfectamente el momento histórico por el cual atravesaba Argentina: había salido de dictaduras militares, pero quedaba la sensación de la indefensión ante un algo inclasificable:

**“–¿Cuál es su enemigo ahora –le pregunté. –Todo lo que se salga de la ruta. –
Ya no hay langostas –dije. –Bueno, hemos pasado cosas peores. Tómese uno
mates que ya vamos a empezar las maniobras. –Con su permiso voy a seguir
camino, general. –No hay camino teniente. ¿O se cree que estamos acá de puro
huevones? –Yo voy por el arroyo. ¿Cuál es la misión? –Si llega a encontrar a la
infantería que se presente de inmediato. (...) –Quédese tranquilo, general –le
dije–. Van a venir.” (pp. 243-244)**

Además, en este capítulo vale hacer mención a una obra fundamental a la hora de inscribir la historia desde un prisma posmoderno: *El fin de la historia y el último hombre*, de Francis Fukuyama, en la cual plantea que al superarse los grandes paradigmas colectivos modernos (los que él vislumbra como errados en alguna de sus aristas), coincidiendo esto con la caída de los grandes sistemas ideológicos del siglo XX, solamente queda imperando una ideología que no se comporta tal como sus predecesoras, que es la de las democracias liberales, que es la que impera en las naciones en donde la posmodernidad tuvo su despegue intelectual. Hay que resaltar que a pesar de que Fukuyama menciona que esta democracia no funciona de la mejor manera posible porque no se ha implementado por completo, este sistema estaría avalando al capitalismo liberal impuesto en Occidente. Si se analiza bien el contexto histórico en el cual se desarrolla el mundo narrado aquí estudiado, los periodos históricos coinciden bien con el desmoronamiento de los populismos en el mundo (lo que se refleja en *No habrá más penas ni olvido*) o bien con etapas en que los conflictos militares se estaban dando, por últimas ocasiones, entre paradigmas ideológicos distantes (la Guerra de las Malvinas o su etapa posterior y las luchas tardías poscoloniales).

De cierta manera, es un escenario no muy alentador si se piensa que la posmodernidad encierra en sí misma un cúmulo de contradicciones, como la existencia de una supuesta pluralidad ideológica supeditada a una hegemonía de la democracia liberal, y que dentro de esta tranquilidad posmoderna a la que se refería Fullat está encerrado un individuo en la angustia (bajo las apariencias actuales) de no saber por dónde desplazarse. Sin embargo, es rescatable que a partir de esta incertidumbre del tránsito se van construyendo identidades dinámicas que, poniendo en telas de juicio las concepciones modernas y los metarrelatos en pleno proceso de vaciamiento, van configurándose nuevos polos críticos de desarrollo intelectual.

Conclusiones

Al plantear un estudio de estas características, dentro de un marco histórico de referencia reciente, son muchas las particularidades que se desprenden desde lo inmediato. Además, dichas características apuntan siempre a un punto: el de las oposiciones entre lo que hasta hace poco era considerado como posturas absolutas y aquellas nuevas posiciones que están recién definiéndose. Si bien el concepto de posmoderno viene planteándose hace más de treinta años, no es menos cierto que solamente ahora puede vislumbrarse a cabalidad, pues los efectos de lo que se consideraba como un subperiodo de la modernidad (sobre todo por neomarxistas y postestructuralistas) están visibles a partir de la patente hegemonía ideológica del capitalismo y de las democracias liberales. No es un periodo de grandes conflictos, es verdad, salvo por hechos regionales y específicos, pero tampoco es una época de grandes polarizaciones, debido a que una de los mayores logros de la posmodernidad fue desarrollar una capacidad única para aglutinar, contener y dar cierta libertad a pequeñas divergencias ideológicas, pero todas al amparo de un panóptico dirigido por el dominio económico. Este hecho, marca también el desarrollo de un individualismo a ultranza, el cual, más que un vicio moderno, es una salida a esta carencia de proyectos colectivos unificadores. Así, los metarrelatos modernos van caducando y dando pie al surgimiento de metarrelatos o prácticas discursivas que se desplazan de un lado a otro, pues los límites –aparentemente difusos– de un sistema ideológico en el que “todo vale”, pero bajo ciertas reglas, instalándose una “era del vacío”, la que presenta una correa sin fin en la que los significados y contenidos una y otra vez se cargan de sentido. Esta re-semantización y proliferación de nuevos imaginarios van constituyendo una temática y un espacio en el que van apareciendo sujetos como los protagonistas de las obras de Soriano.

En primera instancia, el metarrelato político, que planteaba una de las directrices de la sociedad moderna, va vaciándose del sentido que lo conformaba y es, cierta medida, reemplazado por manifestaciones individuales que se multiplican y diluyen la proyección de lo colectivo. Así se pudo comprobar en *No habrá más penas ni olvido*, pues la lucha entre facciones disidentes indica que el proyecto político es solo un esqueleto sin estructura que va difuminando las bases ideológica que lo sustentaba. El desconcierto político y esta próxima (y casi profética) desradicalización de las posturas de “izquierda” y “derecha” van produciendo también una despolitización de la ciudadanía, dentro de la cual el macroacto de habla político pierde su homogeneidad y da paso, era que no, a una fragmentación ideológica que termina por vaciar el metarrelato. Ahora bien, a nivel macro, esto también puede verse en *A sus plantas rendido un león*, novela en la cual las manifestaciones políticas híbridas y sus aplicaciones locales van demostrando cómo otro punto del vaciamiento del metarrelato político es la no concordancia entre teoría y praxis. Como se dijo, quizás sea la novela de Soriano que mejor denota, a través de personajes estereotipados, cómo son las verdaderas relaciones de los individuos con y desde el discurso del poder. En *Una sombra ya pronto serás*, el metarrelato político está subyacente, pues esta imagen país propuesta por la obra, así como el sujeto resultante del paso de un sistema de gobierno a otro, manifiestan una incertidumbre ante el cambio. La modernidad no aceptaba cambios radicales, solo aquellos que se ajustaban a sus parámetros.

En el segundo capítulo, el más extenso pues el tema de fondo era el de la construcción de la identidad, se pudo apreciar cómo los metarrelatos (vaciados o no) apuntaban siempre

hacia una conformación identitaria del sujeto, en este caso, los protagonistas. Además, se hizo hincapié en cómo las elaboraciones discursivas previas a la construcción de la subjetividad eran dinámicas y se presentó como temática preponderante el desplazamiento en cuanto tránsito y dinamismo. Sin duda que la conformación, en las tres novelas, parte de estos individuos “des-centrados” que terminan por escudriñar el contexto desde los márgenes, pero estos no ya entendidos como límites de salida, sino como límites de entrada, desde los cuales se puede construir. Así es como se mencionó y se explicó (explicitando su relación con el capítulo precedente) el concepto de identidad, tratando de abordarlo desde todo ámbito: nacional, social, cultural, pues este es el gran punto de encuentro con la temática posmoderna latente: la identidad se logra desde el desplazamiento, desde el tránsito. Por esto, la gran transformación se produce, irradiando a todos los metarrelatos, desde el sociológico, pues en él se inserta toda la dimensión humana y sus posibilidades de construir(se). También se dejó en evidencia que estas obras son textos complejos, pues desde el plan estructural (desde el título, específicamente) se produce todo un replanteamiento que, metafórica, se plasma en espacios, en relaciones sociales y en la conformación identitaria. A partir de esto, entonces, cobra sentido el mencionar que más que una “era del vacío” se está, dentro y fuera de las novelas, en una “era del desplazamiento”.

En tercer término, se enunciaron dos grandes conceptos transversales en el proceso de vaciamiento de los metarrelatos: el cansancio óptico y la sensación de incertidumbre que se genera en el sujeto contemporáneo. Además, se vislumbró cómo los protagonistas de las novelas estudiadas se articulan con el mundo en relaciones continuas de inclusión/exclusión, a partir de las cuales se construyen sus identidades. Existe una constante búsqueda por lograr la pertenencia y la no pertenencia, a la vez, lo que simboliza en estos viajes que se van produciendo tanto a nivel físico como a nivel discursivo. Sin embargo, en este tránsito se produce esta sensación de “cansancio por llevarse puesto”, que es, en definitiva, la que lleva a los personajes a sentir esta incertidumbre frente al mundo. Son personajes que nunca se terminan por configurar, que están inmersos en una crisis identitaria que les hace aferrarse de lo inmediato, puesto que lo que se tiene cerca es aquello de lo cual se puede llegar a tener certeza. Esta concepción existencialista es la que prima en el vaciamiento del metarrelato filosófico moderno, en el cual las reflexiones iban desde el sujeto hacia el mundo y cómo el hombre conformaba su entorno. En este caso, la posmodernidad muestra cómo el mundo modela al sujeto, lo que hace que la concepción de este sea inestable. Además, se dejó ver esta rara consistencia entre esta matriz posmoderna de múltiples sentidos y la condición de angustia existencial del individuo: la tranquilidad posmoderna de saberse en una crisis y el intento por caracterizarla y la intranquilidad del individuo por querer salir de ella.

Finalmente, se planteó la existencia de un metarrelato mayor, que quizás contenga a los anteriores, como el histórico, y la manera en que este se va vaciando de manera más evidente o más intencional, si se quiere, ya que contiene en sí mismo el germen del proyecto moderno acabado, como es el elaborado por la Ilustración. La historia, como se conoce tradicionalmente y, de hecho, como se enseña y como se estudia, proviene de la concepción de ciencia que se tiene de esta. Posee un desarrollo lógico-cronológico, propuesta metodológica ilustrada que la transformaba en una ciencia humana con ribetes de ciencia exacta. Como predominaba en Occidente una exclusiva visión del desarrollo del devenir humano, avalada por la concepción judeocristiana hegemónica, la construcción histórica conformaba un metarrelato absoluto. Mas, al considerar a la historia como un texto con autor, con un imaginario que lo genera y como una proyección de una sensibilidad de época, esta concepción unívoca y rígida va dando paso a una multiplicidad de posibilidades

de interpretaciones de los acontecimientos y, a la vez, a una amplia gama de concebir la "escritura de la historia", como llama Chartier a la elaboración lingüística histórica. A raíz de esto, por ejemplo, gana terreno la microhistoria. En el caso de las novelas estudiadas, los trasfondos epocales de los relatos (periodos de transición ideológica) son tomados como una posibilidad que da origen, como una estructura textual de causa-efecto, a una serie de hechos más, de los cuales los individuos son partícipes directa o indirectamente.

El análisis realizado a la luz de las obras seleccionadas permite plantear que Osvaldo Soriano construye un megatexto posmoderno dentro de la literatura latinoamericana, pues ejecuta dentro de sus obras procesos de vaciamiento de metarrelatos, condición característica, según Lyotard, de un periodo en el que lo fragmentario se erige como el resultado de estos procesos y del desplazamiento de sentido. Además, la construcción literaria se aprecia como un recuento metafórico de la fragmentación del individuo, en el que cada protagonista es múltiples identidades en fuga y en concomitancia con mundos narrados, en los planos fictivo y ficticio. Cabe enfatizar en la importancia que en esta investigación se les dio a los conceptos de desplazamiento y de tránsito, ya que en ellos se fundamenta este vaciamiento al cambiar las relaciones sígnicas unívocas sausserianas entre significado y significante, pues las trabaja como dinámicas. Asimismo, este continuo movimiento tiene un doble efecto en la posmodernidad: hace que se apronte a su superación, pero también hace que se redefina y se recaracterice. Por lo tanto, si una novelística como la de Soriano se funda en el desplazamiento como temática y en la crisis originada por lograr la identidad, no puede ubicarse en una dinámica que no sea la de la continua transformación posmoderna.

Bibliografía

Bibliografía primaria

- Soriano, Osvaldo. *No habrá más penas ni olvidos*. Barcelona, Ediciones B, 1987.
- Soriano, Osvaldo. *A sus plantas rendido un león*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 2003.
- Soriano, Osvaldo. *Una sombra ya pronto serás*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1991.

Bibliografía secundaria

- Albaladejo Mayordomo, Tomás. *Teoría de los mundos posibles y macroestructuras narrativas*. Alicante, Universidad de Alicante, 1986.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Augé, Marc. *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.
- Austin, John. *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona, Editorial Paidós, 1982.
- Bauman, Zygmunt. *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1999.
- _____. *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid, Editorial Akal, 2001.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. La experiencia de la modernidad. México DF, Siglo XXI Editores, 1988.
- Bobbio, Norberto. *El existencialismo*. Santiago de Chile, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Bolaño, Roberto: *Entre paréntesis. Ensayos, artículos y discursos (1998-2003)*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2004.
- Brünner, José Joaquín. *Globalización cultural y posmodernidad*. Santiago de Chile, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Delmaroni, Miguel. *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina. 1960-2002*. Santiago de Chile, RIL Editores, 2004.
- Eagleton, Terry. *Una introducción a la teoría literaria*. Bogotá, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Eco, Umberto. *Sobre literatura*. Barcelona, Editorial RqueR, 2002.

- Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. México DF, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1963.
- _____. *Por la revolución africana*. México DF, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets Editores, 1980.
- _____. *Las palabras y las cosas*. México DF, Editorial Siglo XXI, 1971.
- Frank, Manfred. *La piedra de toque de la individualidad*. Barcelona, Editorial Herder, 1995.
- Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Buenos Aires, Editorial Planeta, 1994.
- Fullat, Octavi. *El siglo posmoderno (1900 - 2001)*. Barcelona, Editorial Crítica, 2002.
- Fusi, Juan Pablo. *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX*. Madrid, Editorial Taurus, 2003.
- Goic, Cedomil. *Historia de la novela hispanoamericana*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972.
- González Echevarría, Roberto. *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México DF, Editorial Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Kermode, Frank. *El sentido de un final. Estudios sobre la teoría de la ficción*. Barcelona, Editorial Gedisa, 1983.
- Libertella, Héctor. *Las sagradas escrituras*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1993.
- _____. *Nueva escritura en Latinoamérica*. Buenos Aires, Monte Ávila Editores, 1977.
- Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2002.
- Lytard, Jean-François. *La condición posmoderna*. Madrid, Editorial Cátedra, 1987.
- _____. *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona, Editorial Gedisa, 1987.
- Martínez Bonati, Félix. *La estructura de la obra literaria*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1972.
- Michaelsen, Scott y Johnson, David E. *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*. Barcelona, Editorial Gedisa, 2003.
- Mignolo, Walter. *Teoría del texto e interpretación de textos*. México DF, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- Montaldo, Graciela. *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 2004.
- Montes, Cristián. *Osvaldo Soriano. Una contrautopía posmoderna*. Santiago de Chile, RIL Editores, 2004.
- Montes Bradley, Eduardo. *Osvaldo Soriano. Un retrato*. Buenos Aires, Editorial Norma, 2000.
- Moreiras, Alberto. *Interpretación y diferencia*. Madrid, Editorial Visor, 1991.

-
- Ney de Sousa Fernandes, George. *La novela hispanoamericana de fin de milenio: el neoexistencialismo en la obra de Osvaldo Soriano*. Tesis para optar al grado de Magíster en Literatura. Santiago de Chile, 1997.
- Nkrumah, Kwame. *África debe unirse*. Buenos Aires, Editorial Eudeba, 1965.
- Pósleman, Cristina. *La novela histórica argentina del siglo XX y la escritura de guerra*. Tesis para obtener el grado de Magíster en Axiología y Filosofía Política. Santiago de Chile, 2001.
- Rojo, Grínor et al. *Postcolonialidad y nación*. Santiago de Chile, Lom Ediciones, 2003.
- Said, Edward. *Orientalismo*. Madrid, Editorial Prodhufi, 1990.
- Santana Martínez, Pedro (ed.). *Semántica de la ficción. Una aproximación al estudio de la narrativa*. Logroño, Universidad de La Rioja, 1997.
- Sardar, Ziauddin. *Extraño oriente. Historia de un prejuicio*. Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.
- Searle, John. *Actos de habla: ensayo de filosofía de lenguaje*. Madrid, Editorial Cátedra, 2001.
- Shaw, Donald L. *Nueva narrativa hispanoamericana*. Madrid, Editorial Cátedra, 1983.
- Tacca, Óscar. *Las voces de la novela*. Madrid, Editorial Gredos, 1973.
- Todorov, Tzvetan: *Nosotros y los otros*. México DF. Editorial Siglo XXI, 1992
- Vattimo, Gianni. *La sociedad transparente*. Barcelona, Editorial Paidós, 1996.
- Vattimo, Giani et al. *En torno a la posmodernidad*. Barcelona, Editorial Anthropos, 1990.
- Viñas, David. *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
- White, Hayden. *Metahistoria*. México DF, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Zaldívar, María Inés. *La intertextualidad en la narrativa de Osvaldo Soriano*. Tesis para optar al grado de Magíster en Literatura. Santiago de Chile, 1993.